

EPÍSTOLA A LOS HEBREOS

Introducción

La naturaleza de la Epístola a los Hebreos requiere que la examinemos con especial atención, pues ocupa un lugar único. No presenta la posición cristiana como fruto de la gracia soberana ni la obra y resurrección de Cristo, ni el resultado de la unión de los cristianos, miembros del cuerpo, con la Cabeza, lo que es el motivo de su regocijo en cada uno de los privilegios que disfrutaban en el Señor. Quienes han comprendido realmente el significado del cristianismo, desde la posición que ocupan delante de Dios —de forma individual o colectiva, como miembros del cuerpo—, son capaces de mirar al Señor y ver cómo exhibe él su Persona y oficios mientras caminamos débilmente, con el propósito de desligarnos de todo lo que nos ata a una religión en nuestra senda terrenal, como sucedió con los judíos por mucho que su vínculo hubiera sido ordenado por Dios.

La epístola nos muestra a Cristo en el cielo, y por tanto nuestros vínculos religiosos con Dios son celestiales, a pesar de que no se nos contemple unidos con él en los cielos ni estemos personalmente allí. Se rompe toda ligadura terrenal, aunque caminemos aún aquí.

Estas enseñanzas se dan, como es natural, en una epístola escrita para los judíos porque sus relaciones religiosas eran terrenales, a la vez que prescritas por Dios. Al igual que las otras religiones, los paganos no sostenían ninguna relación formal con sus dioses, excepto con los demonios.

En el caso de los judíos, esta ruptura terrenal era, por lógica, de lo más solemne y determinante, dado que habían sostenido sus relaciones con la divinidad y, una vez reconocidas, debían ser abandonadas por entero, no porque los creyentes se vean aquí muertos y resucitados, sino porque Cristo personifica en el cielo todas sus figuras y mandamientos. Dios mismo, que los había instituido legalmente, establecía esta vez unos vínculos nuevos de distintas características.

Este hecho propicia la ocasión de que sus relaciones con Israel retomen el hilo a partir de ese instante en que la nación sea restablecida en el gozo de las promesas. La epístola, en realidad, no contempla a Israel sobre este terreno, por lo contrario, insiste en aquello que tiene un origen celestial y afianza la fe, como la de Abraham y la de otros que no alcanzaron las promesas. Se establecen así los principios aplicables a esta posición, y uno o dos pasajes dejan entrever (como de hecho deberían) esta ulterior bendición de la nación. Las enseñanzas que proporciona la Epístola a los Romanos no provienen de las bendiciones propiamente dichas del pueblo judío. Desde su perspectiva, todos son pecadores por igual y justificados en Cristo ante el Dios del cielo. Mucho menos la doctrina de Efesios, que con el objeto que estamos considerando podría hablarnos de las bendiciones terrenales futuras del pueblo de Dios y, en cambio, contempla a los cristianos unidos a su cabeza celestial, formando ellos el cuerpo o la habitación de Dios por el Espíritu. La epístola a los Romanos, en el pasaje que demuestra la compatibilidad de esta salvación (que, al ser divina, era para todos sin excepción) con la fidelidad de Dios hacia las promesas de la nación, toca la cuerda sensible del asunto que estamos abordando con mucha más claridad que Hebreos. Nos muestra que Israel retomará, aunque de manera distinta, su posición en la línea de los herederos de la promesa, un lugar que quedó desocupado un tiempo debido en parte a su pecado, para permitir la entrada a los gentiles sobre el principio de la fe en esa sucesión de bendiciones. Lo vemos en el capítulo 11. Pero el objetivo de ambas epístolas apunta al desligamiento de los fieles de los objetos terrenales para llevarlos a una relación religiosa con el cielo. Romanos lo hace presentándolos personalmente a Dios, valiéndose del perdón y la justicia divina; y Efesios, con respecto al medio que él estableció para que los creyentes vieran que sus relaciones con el cielo aún se mantienen, así como son preservadas sus relaciones cotidianas con Dios de manera íntegra mientras dura su camino.

He dicho preservadas porque estas relaciones abren el tema de la epístola, y debo añadir que se establecen sobre esta base por ser divinas, por comunicar la voluntad de Dios y las condiciones con las que él se complace habitar con su pueblo.

Deberíamos asimismo observar que en la epístola a los Hebreos las relaciones del pueblo con Dios ya existen, aunque estén asentadas sobre una nueva base y en la posición celestial del Mediador. Dios entabla relaciones con un pueblo conocido y se dirige a personas que mantienen tratos con él, las cuales durante mucho tiempo conservaron su título como pueblo que Dios había sacado del mundo. No tenemos, a diferencia de Romanos, a pecadores desprovistos de la ley ni a transgresores, entre los que no se hace distinción, ya que todos fueron destituidos de la gloria y son, sin excepción, hijos de la ira; o, al contrario de Efesios, no leemos nada acerca de una creación nueva y desconocida hasta entonces. Se hallaban en la necesidad de algo mejor, y a quienes se dirige por vez primera una epístola precisaban estar en relaciones con Dios, si bien las condiciones de dicha relación no los hiciera perfectos. Todo lo que poseían no significaba nada en realidad, solo señales y metáforas, más aún cuando el pueblo sabía cuáles eran sus vínculos. La mayoría podrían rehusar el nuevo método de bendición de la gracia y condenarse, pero estaba escrito que el vínculo entre el pueblo y Dios había de subsistir, excepto que, una vez revelado el Mesías, él no podía concebir Su lugar entre ellos a menos que admitieran Su mesianidad.

Es muy importante asimilar esta cuestión para comprender la epístola. Escrita a los hebreos en base a una relación que aún existía, su fuerza radicaba en el reconocimiento que hicieran del Mesías, su piedra angular. A partir de aquí, las primeras palabras de esta carta establecen la relación de su primer estado con antiguas revelaciones, sin introducir lo nuevo que no se había revelado todavía. Unos comentarios más sobre su método nos ayudarán a entender el espíritu de la carta.

No se revela el nombre de su autor, razón digna de tener en cuenta. Se debe a que el Señor, según dice la epístola, era el Apóstol de Israel. Los apóstoles que él envió fueron utilizados para confirmar Sus palabras y difundirlas, mientras corroboraba su testimonio por medio de dones milagrosos. Esto también nos permite entender que él se encuentra en el cielo ejerciendo el oficio de sacerdote, para establecer una base nueva para la relación del pueblo con Dios. Ya habían empezado las comunicaciones divinas con aquel, realizadas por el Mesías en la tierra. A resultas de ello, el carácter de su relación no era la unión celestial con él, sino la relación con Dios basada en una comunicación divina y en un servicio de mediación también divino.

Esta epístola es un discurso y un tratado, más que una carta escrita durante el ejercicio de las funciones apostólicas hacia los santos, con los que el autor mantenía lazos personales. Él hace de maestro, no de apóstol. Habla sin duda desde la cima de un llamamiento celestial, pero en relación con la verdadera posición que sostenía el pueblo judío. Sin embargo, su propósito era hacer entender a los creyentes, a la postre, que iban a acabar abandonando esta posición.

Se aproximaba el momento del juicio de la nación, y en cuanto a este juicio, la destrucción de Jerusalén cobraba mucha importancia, dado que rompía de manera definitiva entre Dios y el pueblo todo tipo de relación que hubiera podido constituir antes la base de su testimonio. Ya no existía un altar para el sacrificio, ni sacerdotes ni santuario. Todos los vínculos quedaron rotos por el juicio, y así permanecen hasta que se formen otra vez bajo el nuevo pacto de la gracia.

Observaréis más contrastes que similitudes. Se compara el velo que a la sazón tapaba la entrada del santuario, y ahora permite el acceso libre; un sacrificio que se repetía para mantener vivo el recuerdo de la existencia del pecado y que ahora, sin embargo, al haber sido oficiado una vez por todas borra su memoria, y así con cada asunto en particular.

El autor de la epístola —no tengo duda de que es Pablo, aunque esto no sea importante— presentaba otros motivos que el juicio que se acercaba, para inducir a los judíos creyentes a abandonar sus relaciones judaicas. Se trataba del último paso que dar antes de precipitarse el juicio. Ellos relacionaban el cristianismo con el judaísmo, dado que había miles de cristianos que sentían un gran celo por la ley, pero Dios estaba a punto de destruir este sistema, que en realidad había sido ya juzgado por el rechazo que los judíos hicieron de Cristo cuando se enfrentaron al

testimonio del Espíritu Santo. Nuestra epístola llama a los creyentes a salir de todo él y llevar el vituperio del Señor, y les pone delante unas condiciones para sus relaciones con Dios, basadas en un Sumo Sacerdote que está en los cielos. Al mismo tiempo, vincula todo lo que dice con el testimonio divino, ofrecido por los profetas por mediación de Cristo, el Hijo de Dios, que habló durante su vida en la tierra, pero ahora lo hace desde el cielo.

Así, se establece claramente esta nueva posición, pero también su continuidad con la anterior. Mediante el nuevo pacto, vislumbramos esta continuidad con aquello que tiene que suceder, un hilo del que cuelga un estado nuevo de cosas, el milenio, del que depende el conjunto de los tratos de Dios con la nación, aunque en la epístola solo se enseñe la posición de los creyentes (del pueblo) formada por la revelación de un Cristo celestial, de quien dependían también sus relaciones divinas. Tenían que salir del campamento, puesto que Jesús, a fin de poder santificarlos con su sangre, había sufrido en el exterior. Aquí no tenemos ciudad permanente, buscamos la que tiene que llegar. La posición que pasa a ocupar el autor se halla entre el remanente del pueblo, y él se identifica con ellos. Los ilumina con toda la enseñanza disponible de parte del Espíritu Santo, pero no lo hace con aquellos a los que fue enviado con esa autoridad apostólica que le hubiera permitido alcanzarlos con una misión. Entenderéis, al decir esto, que estamos hablando de los tratos del autor con ellos, no de la inspiración de su escritura.

Al tiempo que expone las empatías de Cristo y sus sufrimientos, mostrando que es capaz de compadecerse de los que sufren y pasan por pruebas, la epístola omite el caso de su humillación y el vituperio de la cruz, hasta bien entrado el final de la carta, cuando una vez presentada la gloria del Señor el autor encarece a los judíos que le sigan y lleven su oprobio.

La figura del Mesías, sus simpatías y gloria celestial ocupan un lugar predominante para fortalecer la torpe fe de los cristianos judíos. Los consolidaba en su posición cristiana, de manera que pudieran contemplarla desde un punto de vista real y fueran ellos mismos, que estaban relacionados con el cielo y establecidos en su llamamiento, quienes aprendieran a llevar esta cruz y a separarse de la religión carnal, alejándose de un judaísmo que iba pronto a desaparecer.

Tenemos que ser capaces de ver en la epístola el carácter básico de las relaciones que Dios forma con la revelación del Mesías desde la posición que él asumió en el cielo, no una doctrina de nueva naturaleza. La aproximación a Dios en el santuario, cosa imposible de conseguir en el judaísmo, no contaba con la revelación paterna ni la unión celestial cristiana. El apóstol habla a personas familiarizadas solamente con los privilegios de sus padres.

Dios habló a los padres por medio de los profetas en otras épocas y de diferentes maneras, pero al final de aquel tiempo, es decir, hacia el final de los días de la dispensación israelita, cuando la ley debería haber continuado en vigor, y Dios mantenido sus relaciones con Israel, sosteniendo a un pueblo desobediente por el cometido de los profetas, él empezó a hablar en la persona del Hijo. Ninguna vulneración de la ley anunciaba la inauguración de otro sistema. El Dios que antes utilizó a los profetas, hablaba esta vez a través de Cristo.

No lo hacía solo mediante la inspiración de hombres santos —como era habitual en él— que recordaran a Israel que tenían que cumplir la ley y les anunciaran la venida del Mesías. Él mismo les hablaba como Hijo. Enseguida nos damos cuenta de que el autor vincula la revelación de Jesús, acerca de los pensamientos divinos, con las otras palabras que los profetas dirigieron a Israel. Dios les ha hablado, dice, identificándose con su pueblo, «y a nosotros, como lo hizo con nuestros padres por medio de los profetas».

El Mesías les hablaba por el Hijo, del que testifican las Escrituras. Esto brindaba la oportunidad de exponerles la gloria de este Jesús, respecto a su Persona y la posición que tomó.

Y en este punto debemos recordar siempre que es el Mesías de quien él está hablando, de quien una vez testificó a esta tierra. Declara su gloria divina, pero quien en realidad la declara es Aquel que en una ocasión habló como Hijo, al ser manifestado según las promesas israelitas.

Esta gloria nos ofrece dos caras, relacionadas con la doble faceta del oficio de Cristo. La primera es la gloria divina de la persona del Mesías, el Hijo de Dios. La autoridad solemne de su palabra tiene que ver con su gloria, y en la segunda tenemos la otorgada a su humanidad, según

estipulaban los consejos divinos, un áurea gloriosa del Hijo del hombre relacionada con sus sufrimientos padecidos en la tierra, que le capacitaron para poder ejercer de manera inteligente un sacerdocio de gracia para las necesidades y las pruebas que pasaba su pueblo.

Estos dos capítulos cimientan toda la doctrina de la epístola. En el capítulo primero, encontramos la gloria divina de la persona del Mesías; en el segundo (como continuación del tema), la autoridad de su Palabra, y a partir del versículo 18 tenemos su humanidad gloriosa. Como hombre, todas las cosas están sujetas a él; sin embargo, antes de ser glorificado participó de los sufrimientos y tentaciones a los que están sometidos los santos, cuya naturaleza él había asumido. Con esta gloria está relacionado su sacerdocio, siendo capaz de socorrer a los que son tentados con motivo de que él mismo había sido tentado con lo que padeció. De ahí que sea el Apóstol y Sumo Sacerdote de su pueblo.

A la dualidad de esta gloria se suma una gloria episódica. Como Hijo, él es la Cabeza sobre la casa de Dios, donde posee la autoridad de quien creó todas las cosas, la que Moisés tuvo como siervo en el tabernáculo. Los creyentes a los que escribe el autor inspirado son ahora esta casa, si es que sabían mantener con firmeza, y hasta el fin, la confesión de Su nombre. El peligro de los judíos convertidos era que podían perder la fe, ya que ante sus ojos no se mostraba nada semejante al cumplimiento de las promesas. Por eso llega la exhortación acerca de propagar la voz del Señor y su palabra en medio de su pueblo, para no endurecer el corazón (caps. 3:7; 4:13).

A partir del versículo 14 del capítulo cuarto, se toca el asunto del sacerdocio, que señala el valor del sacrificio de Cristo. Introduce a vuelapluma los dos pactos y hace hincapié en el cambio de la ley, como resultado ineludible de haber sido cambiado el sacerdocio. Luego vemos bastante claro el contraste con las figuras que acompañaban al antiguo pacto, en las que se basaba la sangre derramada. La enseñanza sobre el sacerdocio prosigue hasta el final del versículo 18 del capítulo 10. Las exhortaciones basadas en él son la introducción del principio de perseverancia de la fe, lo cual nos conduce al capítulo 11, donde se da un repaso a la nube de testigos coronados con el ejemplo de Cristo, después de que él hubiera completado su carrera de fe, haciendo caso omiso de los obstáculos y mostrándonos dónde termina este camino de dolor y de gloria.

A partir del pasaje 12:3, se ofrecen más detalles de las pruebas del camino de la fe, junto con la solemne advertencia acerca del peligro que corren quienes retroceden en esta senda, y el ánimo que cobran quienes perseveran. Termina presentando la relación a la que somos llevados por gracia. Finalmente, en el capítulo 13 se detalla la exhortación a los fieles hebreos sobre varias cuestiones, especialmente la posición cristiana de cargar sin reservas con la cruz, haciendo especial hincapié en el hecho de que solo los cristianos poseían la verdadera adoración a Dios, y que los que quisieran continuar en el judaísmo no tendrían ningún derecho a participar de ella. En una palabra, el apóstol quería que se mantuvieran separados definitivamente de un judaísmo que había sido juzgado, y echaran mano del llamamiento celestial portando la cruz. El llamamiento era del cielo, y la senda un camino de fe.

Esta es la introducción de la epístola. Vayamos ahora al estudio detallado de sus capítulos.

Capítulo 1

Dijimos que en este primer capítulo tenemos la gloria de la persona del Mesías, el Hijo, por quien Dios había hablado al pueblo. Cuando digo al pueblo es porque entendemos que la epístola se escribe para el remanente que cree, participantes del llamamiento celestial y considerados, por otra parte, los verdaderos representantes de la posición de la nación.

Era esta una característica del remanente, dado el lugar que pasó a ocupar el Mesías cuando vino a buscarlos. El remanente menospreciado y probado, contemplado en esta posición única, es animado y su fe sostenida por la verdadera gloria de su Mesías, oculto de los ojos naturales y constituido como solo objeto de su fe.

«Dios nos ha hablado en la persona de su Hijo», dice el autor inspirado, contándose él mismo entre los creyentes de la nación amada. El Salmo 2 debería haber guiado a los judíos a esperar al Hijo y a formarse una idea elevada de su gloria, por el capítulo 9 de Isaías y otros pasajes, que sus maestros aplicaban en realidad al Mesías, como demuestran los escritos rabínicos. Pero el hecho de que él estuviera en el cielo y no hubiera resucitado aún a su pueblo a la herencia de la gloria terrenal, no era lo más conveniente para el estado carnal de sus corazones.

Hablamos de la gloria celestial, de la posición absoluta del Mesías y su pueblo en relación con Sus derechos divinos, dirigidos a la atención de ellos y a la adoración de los mismos ángeles; de la exposición que hace el Espíritu de Dios, de forma totalmente admirable, de la gloria divina de Cristo, con el propósito de exhortar al pueblo a creer en un lugar celestial. Y al mismo tiempo, tenemos Su absoluta empatía humana para con nosotros, manifestada en querer mantener la comunión de los hebreos con el cielo pese a las dificultades de un camino terrenal.

Así, aunque la asamblea no salga en esta epístola, salvo en una alusión a todo lo que comprende la gloria milenaria del capítulo 13, el Salvador se presenta a ella a través de su Persona, obra y sacerdocio, tan apreciados por el corazón e inteligencia espiritual que el llamamiento del cielo es expuesto de manera sorprendente. También es muy interesante ver el modo en que la obra del Salvador, cumplida por nosotros, forma parte de la manifestación de su gloria divina.

Dios ha hablado por el Hijo, dice el autor inspirado. En primer lugar, le declara heredero de todo, quien tiene que poseer de manera gloriosa y humana todo lo que existe. Así son sus decretos. Además, a través de él Dios creó los mundos. Todo el vasto sistema del universo, los cuerpos celestes desconocidos que describen su órbita por las extensas regiones del espacio dentro de un orden divino, para manifestar la gloria del dios Creador, son obra de sus manos, del Cristo mayestático que se nos ha revelado.

En él resplandeció la gloria divina como la impronta de su Ser. Vemos a Dios en él, en todo lo que dijo e hizo. También es el Creador, y Dios se revela en su Persona. Sostiene todas las cosas por el poder de su palabra. Al referimos a él de este modo, sigue habiendo una parte de su gloria, desde luego divina, revelada en la naturaleza humana. Quien era todo esto que acabamos de referir cumplió, por causa de dicha gloria, el lavamiento de nuestros pecados y se sentó a la diestra de la majestad en lo alto, donde constatamos esta gloria personal. Es desde luego el Creador, la revelación de Dios y el Sustentador de todo por medio de su palabra, así como el Redentor. Solo él ha lavado nuestros pecados y se ha sentado en las alturas como un mesías que tomó allí su lugar. Fijémonos bien que esta exhibición de su gloria mesiánica, ya sea personal o posicional, sacaba del judaísmo a cualquier persona que creía en él, al tiempo que esta gloria quedaba vinculada a las promesas y esperanzas judaicas. Él es Dios; ha descendido del cielo y ha vuelto a subir.

Los que se identificaban con él ocupaban, en otro aspecto, una posición superior a la del sistema judío, que fue ordenado por causa de los ángeles. Cristo pasó a ocupar una mucho más elevada que la de estos, ya que tiene el derecho hereditario a un nombre —una revelación de lo que él es— mucho más excelso que el angelical. Sobre esto el autor cita varios pasajes del Antiguo Testamento que hablan del Mesías, para poder mostrar el contraste entre Él y la naturaleza, y la posición relativa que reciben los ángeles. La importancia de estos pasajes para los judíos conversos era evidente, y al poco percibimos la adaptación del argumento a este grupo, puesto que la economía judía estaba bajo la administración de estos seres, como creían ellos al basar sus razones en la Palabra. Y al mismo tiempo, eran sus propias escrituras las que demostraban que el Mesías tenía que alcanzar una posición mucho más exaltada que la angélica, según los derechos que le correspondían en virtud de Su naturaleza y los consejos y revelación de Dios. De manera que quienes se identificaban con él, eran llevados a una relación con aquello que dejaba en un segundo plano a la ley y todo lo relacionado con ella, la economía judía, que no podía escindirse de esta ley y cuya gloria era de carácter angélico. La gloria del cristianismo

—dirigida a los que aceptaron a Jesús como el Cristo— se elevaba muy por encima de la gloria legal y en realidad no podían unirse.

Comienzan las citas del salmo segundo. Está escrito que Dios nunca ha dicho a ningún ángel «mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy». Esta filiación del Mesías es la que lo distingue dentro de una relación verídica. De toda la eternidad, él era el Hijo del Padre, pero no es precisamente así como le contempla el pasaje. El nombre expresa esta relación, pero este título se aplica al Mesías nacido en la tierra. Cuando el Salmo 2 le establece como Rey en Sion, anuncia el decreto que proclama su título («mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy»), determinando su relación en el tiempo y con Dios. No dudo de que esto dependía de su naturaleza gloriosa, pero esta posición fue asumida para el hombre por el nacimiento milagroso de Jesús, quedando demostrada su verdadera trascendencia en la resurrección. El testimonio del Salmo 2 sobre esta relación tiene que ver con su reinado en Sion, pero también con la declaración de las glorias personales del Rey reconocido por Dios. En virtud de los derechos implícitos en este título, todos los reyes son llamados a someterse a él. Así, este salmo habla del gobierno del mundo, no del Evangelio, cuando Dios establezca al Mesías para reinar en Sion. En el pasaje que acabamos de citar, tenemos la relación gloriosa en la que subsiste con Dios, el fundamento de sus derechos, no los derechos regios por definición.

Tenemos lo mismo en la siguiente cita: «yo le seré a él por Padre, y él me será a mí por Hijo», donde vemos claramente la relación que sostiene con Dios y en la que él le acepta y reconoce, no su filiación eterna (yo seré a él por padre). Siendo esto así, hablamos del Mesías, del Rey en Sion, el Hijo de David, puesto que estas palabras se aplican, en primer término, a Salomón como hijo de David (2Sa 7:14 y 1Cr 17:13). En este segundo pasaje, la aplicación de esta expresión al auténtico rey David queda más clara. Una relación tan íntima expresada, podríamos decir, con tanto afecto, no era una porción para los ángeles. Reconocido por Dios mismo, su hijo recibe el destino que corresponde al Mesías dada su relación con él. Por tanto, el Mesías es el Hijo divino de un modo que no puede aplicarse a los ángeles.

Cuando Dios presenta al Primogénito al mundo, todos los ángeles son llamados a adorarle. El más digno de los seres creados tiene que inclinarse a sus pies. Los ángeles de Dios —las criaturas más próximas a él— deben rendirle homenaje. Esta expresión también es digna de observación. El Primogénito es el heredero, el comienzo de la manifestación de la gloria y del poder de Dios, este es el sentido que tiene el término. Se dice del Hijo de David que «yo le haré mi primogénito, y lo ensalzaré más alto que los reyes de la tierra» (Sal 89:27). Así es como el Mesías es introducido en el mundo para poseer este lugar y relación con Dios. Es primogénito, la más inmediata expresión de los derechos y gloria divinos, y tiene la preeminencia universal.

Así es, por decirlo de algún modo, la gloria posicional del Mesías. No es solo Cabeza de un pueblo terrenal como hijo de David, ni siquiera el reconocido Hijo de Dios en la tierra, como dice el salmo, sino el Primogénito universal, de manera que la principal y más ensalzada de las criaturas, aquellas más cercanas a Dios, los ángeles, instrumentos de su poder y gobierno, rindieran pleitesía al Hijo en la posición que pasaba a ocupar.

Este homenaje quedaría fuera de lugar si Su gloria no fuera personal, y no estuviera además relacionada con Su naturaleza. Sea como sea, lo que tenemos en este capítulo es al Mesías que Dios reconoce y acepta. Él nos dice de quién se trata. De sus criaturas angelicales dice que «hace de sus ángeles espíritus, de sus ministros llama de fuego». Con su Hijo no hace nada concretamente, solo reconoce lo que él es, al decir: «tu trono, oh, Dios, es eterno y para siempre». El Mesías podrá tener un trono terrenal que no le será quitado, aunque dejará de existir cuando tome posesión de uno celestial, pero es que además tiene otro que es eterno.

Como Mesías, el cetro de su trono es un cetro de justicia. Cuando estuvo en la tierra, amó personalmente la justicia y aborreció la maldad, así que Dios le ha podido ungir con un óleo de alegría mejor que a todos sus compañeros, exaltándole sobre ellos. Estos compañeros son el remanente de los creyentes de Israel, a quienes por gracia ha asociado consigo —lo que resulta perfectamente satisfactorio para Dios, dado el amor que profesó a la justicia asumiendo el coste—. Es un pasaje extraordinario, porque por una parte pone en pie de igualdad la plena

divinidad del Señor y su trono eterno, y por otra se ajusta a sus características de Hombre leal en la tierra, donde hizo a unos hombres de piedad sus compañeros, el reducido remanente israelita que esperaba la redención, y a la vez se le concedió un lugar superior, como no podía ser de otro modo. El texto pasa a hablar de la gloria que se le otorga como Hombre preeminente.

Ya he afirmado en otro lugar que mientras Jehová, como Zacarías apunta, reconoce como compañero al Hombre humilde sobre el que espera hacer caer Su espada, aquí, donde se nos expone la divinidad de Jesús, es el mismo Jehová también quien reconoce al pobre remanente de creyentes como compañeros del Salvador divino. ¡Qué vínculos más maravillosos unen a Dios y su pueblo!

Así que, en estos notables testimonios, él posee el trono eterno y el cetro de su justicia. Y a pesar de ser humano, es reconocido Dios y se le glorifica por encima de todos, como premio otorgado por la justicia.

La declaración de su divinidad, la deidad del Mesías, debe precisarse mejor no porque sí, sino porque el testimonio que la declara encierra un gran sentido. El salmo del que proviene este testimonio contiene unas de las expresiones más redondas de las Escrituras respecto a cómo sintió Jesús su humillación cuando anduvo en la tierra, su dependencia de Jehová, y todo aquello por lo que fue resucitado de entre los hombres como Mesías, tras padecer la afrenta en su cercenada vida. Si tuviera que reedificarse Sion —el salmo habla del tiempo profético cuando ocurrirá—, ¿dónde se encontraría el Mesías si, al humillado y menoscabado que fue, se le cortaran nuevamente sus días? Es, en una palabra, la expresión profética del corazón del Salvador contemplando el horizonte de los sucesos vividos en la tierra, los que su corazón profirió en forma de quejidos ante Yahvé durante el tiempo de su humillación, en presencia del afecto renovado del remanente para el polvo de Sion, un afecto que el Señor produjo en sus corazones y que fue, por tanto, señal de Su buena voluntad y propósito para establecerlo. Pero ¿cómo podría tener parte en ello un Salvador que había sido cortado? Esta era una de las preguntas que tenían en vilo a los judíos creyentes, siendo probados en este aspecto. Las palabras citadas son la respuesta a esta pregunta. Humillado como fue, era el Creador, siempre el mismo. Sus años no podían inducir a error. Era quien fundó los cielos y el que los doblaría como ropaje, pero en lo que a él se refiere, nunca cambia.

Este es entonces el testimonio que las Escrituras de los judíos rinden del Mesías: la gloria de su posición sobre los ángeles que administraban la dispensación de la ley, su trono eterno de justicia, su divinidad inmutable como Creador de todas las cosas.

Solo quedaba una cosa para completar esta cadena gloriosa: el lugar que Cristo ocupa en el momento actual en comparación con los ángeles. Es un lugar que depende, por un lado, de la gloria divina de su persona, y por otro, del cumplimiento de su obra. Y este lugar se encuentra a la diestra de Dios, que le ordenó sentarse a su lado hasta que tuviera a sus enemigos doblegados a sus pies. No solo detenta su Persona gloriosa un primer puesto ante las criaturas del universo —ya hemos dicho que esto sucederá cuando sea presentado al mundo—, sino que él también posee su lugar exclusivo a la diestra de la majestad en las alturas. ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás cosa semejante? Son solo siervos que ministran a los herederos de la salvación.

Capítulo 2

Este es el motivo por el que se hacía más necesario que nunca obedecer la palabra oral, a fin de retenerla en la memoria y en sus vidas.

Dios ha mantenido la autoridad de la palabra que se comunicó por medio de los ángeles, estableciendo castigos como recurso ante la desobediencia, dado que se trataba de una ley. ¿Cómo escaparemos, pues, si descuidamos una salvación que el mismo Señor ha anunciado? De ello deducimos que su servicio entre los judíos era una palabra de salvación que los apóstoles confirmaron, establecida por el potente testimonio del Espíritu Santo.

Esta es la exhortación dirigida a los judíos creyentes sobre la gloria del Mesías, ya sea con relación a su posición o Persona para separarlos de lo que era judaico, y llamarlos a meditar en los pensamientos cristianos más sublimes.

Vimos que el testimonio que trata esta epístola se atribuye al Señor, así que no debemos esperar encontrar en ella la asamblea, de la que él había hablado en forma de profecía, sino su testimonio relacionado con los israelitas, entre los cuales el Señor pasó sus días extendiéndolo, aunque desconocemos en qué medida. Lo que se dijo por medio de los apóstoles es tratado como una confirmación de la palabra que el Señor había hablado después de que Dios hubiera corroborado su testimonio, dadas las milagrosas manifestaciones del Espíritu, quien distribuía sus dones a voluntad.

La gloria de la que hemos venido hablando es la gloria personal del Mesías, el hijo de David, la que posee en este momento en que Dios le ha llamado a sentarse a su diestra. Es el Hijo de Dios y Creador, pero como Hombre también posee esta gloria relacionada con el mundo venidero. Al ser comparado con ellos, los ángeles quedan totalmente excluidos. En el anterior capítulo, ocupaban su posición de herederos de la salvación; la ley la dieron ellos por mandato divino. En el capítulo 2 no ostentan ninguna posición, no reinan, por lo que el reino futuro no se someterá a ellos. La tierra habitable será controlada y gobernada por Dios cuando él haya cumplido lo que había dicho por medio de los profetas.

El establecido orden mundial relacionado con la ley de Jehová, o «el mundo en tinieblas», se ha visto interrumpido por el rechazo del Mesías, que se marchó para tomar su lugar a la diestra divina en las alturas, y cuyos enemigos no le han sido todavía entregados para juzgarlos, dado que Dios sigue realizando su obra de la gracia y congregando a la iglesia. Sin embargo, él fundará un orden nuevo en la tierra conocido como el mundo venidero. Este mundo del futuro no será sometido a los ángeles. El testimonio que se ofrece al respecto en el Antiguo Testamento es el siguiente: «¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que te preocupes de él? Le hiciste un poco menor que a los ángeles, le coronaste de gloria y de honra y le constituiste sobre las obras de tus manos; todo lo sometiste bajo sus pies». Así que todas las cosas, sin excepción (salvo Aquel que las ha sujetado a él), se supeditan al hombre por decreto divino, especialmente el Hijo del hombre.

Cuando estudiamos el libro de los Salmos, vimos algo que voy a retomar ahora: el testimonio del Salmo 8 es, con respecto a la posición y dominio del Cristo humanado, un anticipo del Salmo 2. El salmo primero nos presenta al hombre justo aceptado por Dios, el residuo fiel con el que Jesús anduvo relacionado; el segundo, los consejos divinos en lo relativo al Mesías, pese a los intentos frustrados de los reyes y gobernantes de la tierra. Dios lo pone como Rey en Sion y ordena a todos los reyes rendir honor a quien ha proclamado hijo. Al poco vemos que después de rechazado, sufre el remanente, y el salmo lo cita Pedro como prueba de que los poderes terrenales, judío y gentil, se sublevan contra el Mesías (cf Hch 4:26). Sin embargo, el salmo ocho indica que todo esto fue para engrandecer la esfera de su gloria. Cristo toma la posición de hombre y el título de Hijo del hombre para disfrutar de sus derechos, como dictaminan los consejos divinos, pero al haber sido aminorado respecto a los ángeles es coronado de gloria y de honor. Los reyes no son los únicos en someterse a él, sino que todas las cosas, indistintamente, también se le someten. Esto es lo que el apóstol cita. Cristo ya había sido rechazado, y su entronización en Sion fue aplazada para cumplirse en un periodo más tardío. Él fue exaltado a la diestra divina, y como resultado se le ha conferido un título más grande, aunque no haya cumplido todavía su fin.

La epístola llama nuestra atención sobre lo que acabamos de decir. Todavía no vemos el cumplimiento de todo lo que anuncia este salmo, que todas las cosas iban a ser puestas bajo Sus pies, pero una parte sí se ha cumplido ya como garantía y foco de la consumación del conjunto. Hecho un poco menor que los ángeles, a fin de poder sufrir la muerte, es coronado de gloria y honor. La corona recibida fue una recompensa por su obra, con la que glorificó perfectamente a Dios donde los hombres le habían deshonrado, y salvó —al hallarse condenados— a los que creían en él. Fue aminorado con relación a los ángeles para gustar, por gracia divina, la muerte

por todos. Me parece que «para el sufrimiento de la muerte» y «un poco menor que los ángeles» son dos frases inseparables, de modo que «por la gracia de Dios» suena como una expresión genérica que depende de la afirmación de toda la verdad.

Este pasaje aplicado al Señor le presenta exaltado en el cielo tras experimentar una muerte que le dio unos plenos poderes, donde espera, como novedad, que todo sea puesto bajo sus pies. Había emprendido la causa de los hijos que Dios está llevando a la gloria, por eso no tuvo más remedio que pasar por las mismas circunstancias que ellos, sufrir sus mismas consecuencias y ser tratado según la obra empezada. Esto fue real, y también apropiado que Dios vindicara los derechos de su gloria y la mantuviera frente a quienes le habían deshonrado, probando a Aquel que tomó la causa en sus manos y que salía al frente para representarlos. Dios conduciría al Capitán de su salvación a la perfección a través de los sufrimientos, teniendo que sufrir y gustar las consecuencias de la situación que alcanzaron. Su obra tenía que ser veraz y contener la justa medida de responsabilidad que asumió, cosa que implicaba la gloria para borrar el pecado. En suma, tenía que sufrir y gustar la muerte. Por gracia fue así; nosotros morimos por culpa del pecado; él, con motivo de la gracia hacia el pecado.

Esto nos muestra al Cristo en medio de aquellos que son salvos y que Dios lleva a la gloria, si bien él va delante de ellos. Es lo que expone la epístola: el que santifica (el Cristo) y los que son santificados —el remanente espiritual apartado por el Espíritu— forman un conjunto, una expresión de fuerza y poder que puede discernirse sin problema, y que en cambio es difícil de expresar cuando uno pierde de vista la naturaleza abstracta de la frase. Observad que se está hablando de personas santificadas. Cristo y los santificados forman una única compañía, personas aunadas y en la misma posición ante Dios. La idea es distinta. No se trata del único y mismo Padre; si así fuera, el pasaje no diría «no se avergüenza de llamarlos hermanos», aunque en realidad no hubiera otra forma posible de llamarlos.

Al referimos a ellos como conjunto, quizá nos estemos extralimitando, como si él y los demás compartieran la misma naturaleza pecaminosa de hijos adánicos. En este ejemplo, debería poder llamar a cada hombre su hermano, mientras que solo son los hijos que Dios le ha dado, los «santificados», a quienes él nombra. Pero los santificados y él están, como humanos, ocupando desde su misma naturaleza una posición igual ante Dios. Cuando digo la misma naturaleza, no me estoy refiriendo a una condición igualitaria de pecado, al contrario, dado que ellos son el que santifica y los santificados, ubicados en su condición humana en un lugar santificado ante Dios como puede estarlo la Suya; la misma por cuanto como Hombre santificado él lo es para Dios. Por esta razón, no se avergüenza de llamar a estos santificados sus hermanos.

Dicha posición se obtiene por la resurrección, pues, aunque en principio se entregó antes a los hijos, él los llama hermanos, tras haber terminado la obra que le permite presentárselos a Dios. Una vez dijo: «madre, hermana y hermano», pero no las palabras «mis hermanos» hasta que las anunció a María Magdalena: «ve a mis hermanos y diles que voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios». Lo mismo sucede en el Salmo 22, cuando tras ser oído por causa de los cuernos de los búfalos declaró a todos el nombre de un dios libertador, al que adoró en mitad de la congregación.

Les habló del nombre paterno cuando estaba en la tierra, pero el lazo fraternal no podía aún estrecharse. No podía llevarlos a la presencia del Padre hasta que el grano de trigo no hubiera perecido tras caer en la tierra, independientemente de las revelaciones que hubiera dado, y, dicho sea de paso, solo de las que declaró este nombre a quienes él le dio. En realidad, había asumido una posición humana y se mantuvo en ella desarrollando una relación con Dios. Los guardó en el nombre paterno, mas no unidos en Su posición, sino que como humano se mantenía en otra que iba a ser Suya cuando fueran introducidos a una asociación con él a través de la redención. Lo que hace con los discípulos en la última parte del evangelio de Juan —por las aclaraciones acerca del estado en que los iba a dejar— es otorgarles la posición que, de hecho, él había mantenido en la tierra con el Padre, dando un testimonio al mundo de la gloria paterna que su Persona representaba, a la fuerza distinta. Al intentar asociarse con ellos, él los

vinculaba consigo cuando ascendió a los cielos, aunque ya no estuviera sujeto de manera corporal a las pruebas que los discípulos tenían en la posición que ocupaban.

No se avergüenza de confraternizarlos, diciendo al resucitar: «anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la congregación te alabaré». Y refiriéndose al remanente separado de Israel, expresa: «he aquí, yo y los hijos que me dio Jehová somos por señales y presagios en Israel» (otra cita de Is 8), y «confiaré en él». En los Salmos, sobre todo en el 16, anuncia que no toma su lugar como Dios («no hay para mí bien fuera de ti»), sino que se identifica con los excelentes de la tierra, en quienes deposita todo su deleite. Este es el remanente de Israel llamado por gracia.

Cristo se asocia con estos leales hombres santificados. En el pasaje citado, vemos que es el lugar que le corresponde en la tierra; luego se añaden Sus sufrimientos, exaltación, divinidad y gloria futura. Cabeza de este grupo escogido, se adapta como Siervo a la posición que ellos ocupan, y al participar de carne y sangre los hijos, también él participa de lo mismo, a fin de que con la muerte pueda acabar con el dominio de quien ha tenido el poder mortal, y liberar a los que la temían y han permanecido sujetos toda su vida al yugo de la esclavitud.

El apóstol intenta exponer, como siempre, el aspecto glorioso incluso de aquello que puede parecernos insignificante, para lograr acostumar el flaqueante corazón judío a la porción del evangelio. En esta cuestión, la obra del Señor cruza el límite de su presentación como Mesías al pueblo. No solo es él glorioso en los cielos, sino que ha conquistado a Satanás en el terreno donde ejercía su dominio sombrío sobre el hombre, cuando el juicio divino se cernía sobre él de forma abrumadora.

Movido por un profundo amor por la humanidad, el hijo, convertido en Hijo del hombre, entra de corazón y hechos en las necesidades y circunstancias humanas para someterse a ellas y liberar a los hombres. Toma forma de carne y sangre para poder morir, dado que ellos estaban sujetos a muerte, y acepta la condición en que los había sumido su desobediencia, con el fin de destruir al que ejercía dominio atemorizándolos y causándoles terror mientras esperaban el momento terrible anunciado por el juicio divino, con su total incapacidad a la hora de escapar a sus consecuencias. El Señor no emprendió la causa de los ángeles, sino la de la semilla de Abraham, y con tal de proclamar la obra que necesitaban, y representarlos verdaderamente para Dios, era necesario colocarse en la situación en que se hallaba esta semilla, aunque no precisamente en su condición personal.

Tenemos una familia que Dios reconoce como suya, pues son objeto del afecto y cuidados del Salvador: los hijos que le dio, hijos de Abraham según la carne, si en realidad respondían por su condición a la designación de «hijos de Abraham» (esta es la cuestión que plantea Jn 8:37-39); o tal vez fueran hijos si el Espíritu se los daba.

Estas verdades introducen el sacerdocio. Como Hijo del hombre, él fue hecho un poco menor que los ángeles y coronado de gloria y honor, por lo que a partir de entonces iba a tener todas las cosas sometidas a sus pies. Algo que todavía no presenciábamos, mas para ello tuvo que ocupar un lugar humillante para gustar la muerte en favor del sistema alejado de Dios, y, tras haberle glorificado, obtener los plenos derechos del segundo Adán, visto el fracaso de la débil criatura, cuando el enemigo, después de engañar al hombre con su astucia, le dominaba con poder y maldad. Al tiempo que gustó la muerte, por el propósito especial de librar a los hijos que Dios llevaría a la gloria asumió su naturaleza y reunió alrededor a los santificados, de manera que no se avergüenza de llamarlos hermanos. Tenía que presentárselos a sí mismo ante Dios por la eficacia de la obra consumada. Se convertía, de este modo, en un sacerdote capaz de soportar las pruebas y humillaciones de su vida terrenal, de mostrarles empatía cuando se encontraran con sus primeras dificultades.

Sufrió, y nunca se rindió. Nosotros no sufrimos cuando cedemos a la tentación. La carne se deleita en las cosas que la tientan. Jesús sufrió al ser tentado, pero se muestra capaz de socorrer a quienes están siendo probados. Es importante observar que la carne, cuando comete una acción llevada por sus deseos, no sufre. Es tentada y lo disfruta, pero cuando conforme a la luz espiritual y la fidelidad a la obediencia el Espíritu resiste los sutiles ataques del enemigo —en

forma de persecución, tal vez—, entonces uno lo pasa bastante mal. Es lo que hizo el Señor, y lo que tenemos que hacer nosotros. Lo que necesita de auxilio es el nuevo hombre, el corazón fiel, no la carne. Voy a necesitar el socorro contra la carne para poder mortificar los miembros del viejo hombre.

La ayuda que aquí se necesita concierne a las dificultades de los fieles santos a la hora de cumplir la voluntad de Dios. Aquí es donde sufren, en el punto donde el Señor, que también ha sufrido, puede auxiliarlos. Él pisó esta senda y aprendió lo que se padece de parte del enemigo y de los hombres. El corazón lo sabe, y Jesús tenía un corazón humano. Cuanto más fiel sea el corazón, más amará a Dios, y cuanto menos dureza experimente, causada por la comunión con el mundo, bastante más va a sufrir. Ahora bien, en Jesús no había ningún tipo de resistencia. Su fidelidad y amor eran perfectos y de una proporción equilibrada. Fue un varón de dolores experimentado en el quebranto, en el cansancio que experimentó cuando fue tentado.

Capítulo 3

De este modo se nos presenta el Señor entre los judíos, el pueblo verdadero, como Apóstol y Sumo Sacerdote de todos los creyentes. Digo entre los judíos, no porque él no sea también nuestro sacerdote, sino porque el autor sagrado se identifica con estos creyentes y, en lugar de hablar de sí mismo como apóstol, señala a Jesús como el Apóstol personal de los judíos. En teoría, esto es aplicable a todos los cristianos. Lo que Jesús ha hablado es Palabra del Señor, y él es capaz de socorrernos cuando somos tentados. Somos su casa.

Tenemos un tercer carácter de Cristo. Él es Hijo sobre su casa. Moisés se mantuvo fiel a Dios como siervo, dando testimonio de las cosas que más tarde proclamó, pero el otro despunta en la casa de Dios no como siervo, sino como Hijo. Él la ha edificado. Es Dios.

Moisés se identificó con esta casa y fue fiel en todas las cosas. Sin embargo, Cristo es más excelso que todo ello, como el que edifica la casa es superior a ella. Quien edifica todas las cosas es Dios. Y es lo que Cristo hizo, porque, de hecho, la casa —el tabernáculo en el desierto— era una figura universal, y él cruzó los cielos de igual forma que el sumo sacerdote entró en el santuario. Todo se purificó con la sangre, de la misma manera que Dios reconciliará todo por medio de Jesús en el cielo y la tierra. En cierto sentido, el universo es la casa de Dios, y él se digna habitarlo. Cristo lo creó todo, pero existe una casa que es destacadamente suya. Somos su casa, si damos por sentado que perseveraremos hasta el fin.

Los cristianos hebreos corrían el peligro, atraídos por sus pasadas costumbres y la ley ceremonial que Dios había instituido, de abandonar un cristianismo en el que Cristo era invisible por las cosas visibles y palpables. El dios de los cristianos, lejos de significar una corona de gloria para el pueblo, era simplemente un objeto de fe, de modo que si esta fracasaba también desaparecía la importancia que él tenía para ellos. Una religión que se hacía ver (el «vino viejo») ejercía natural atracción sobre quienes estaban hechos a ella, pero en realidad Cristo era mucho más excelente que Moisés, como el que edificó la casa era más honorable que la propia construcción. Esta casa era la figura de todo, y el que había edificado todo era Dios. El pasaje nos ofrece esta visión cristiana de la casa, y nos dice que somos ella. Aquí no se trata del siervo, sino del Hijo sobre la casa de Dios.

Debemos recordar lo que ya hemos señalado: en esta epístola no tenemos la asamblea como cuerpo de Cristo; ni tan solo el Padre, salvo como comparación en el capítulo 12. Tenemos a Dios, un Cristo celestial y un pueblo, al Mesías como Mediador entre este y Dios. Por lo tanto, los privilegios de la asamblea no salen en esta epístola; emanan de nuestra unión con Cristo, y aquí él es una Persona aparte, en lo alto, situada entre Dios y nosotros.

Hay algunos comentarios más que podemos añadir para arrojar luz sobre esta cuestión y ayudar al lector a comprender los dos primeros capítulos, que forman las enseñanzas principales de la epístola.

En el capítulo 1, Cristo efectúa él solo, como parte de su gloria, el lavamiento de los pecados, y después se sienta a la diestra divina. Esta obra, observad, es la que efectúa. No tenemos nada que ver con ella, salvo creer en él y disfrutarla. Una obra que esta Persona divina ha logrado sola para conseguir la perfección absoluta y el poder de un acto realizado por él, sin mezclas de nuestra humana debilidad, esfuerzos o experiencias personales. Hizo la obra solo y en soledad. A partir de entonces, tomó su asiento en lo alto. No fue colocado en él, sino que él mismo ocupó su propio trono.

En el capítulo 2 tratamos otra cuestión: el estado actual del Hombre glorificado. Él está coronado de gloria y honor, pero con miras a un orden de cosas que aún no se ha establecido. Es la persona del Cristo humano la que se presenta, no la asamblea unida a él, aun cuando le contemplamos glorificado en los cielos. Dicha gloria se considera un logro parcial de la que en realidad le pertenece, según estipulan los consejos divinos, como Hijo del hombre. En adelante, esta gloria reunirá sus partes con el sometimiento de todas las cosas.

Por tanto, la gloria actual de Cristo nos hace esperar un orden de cosas aún futuro, que ofrecerá un descanso completo y una bendición total. En pocas palabras, al margen de la perfección de su obra, la epístola presenta la secuela del Cristo personal, del Hijo del hombre, no la perfección de la asamblea. Y esto incluye el tiempo de hoy, cuyo carácter para el creyente depende de que Cristo esté ahora glorificado mientras espera ese estado futuro cuando todas las cosas se le someterán.

En el anterior capítulo también es coronado. No le contemplamos sentado como lo estuviera antes por derecho propio, cuando poseía esa gloria anterior al mundo, sino que, tras haber sido aminorado con relación a los ángeles, Dios le pone una corona en la cabeza. También vemos claramente que, si los hebreos creyentes son especialmente visibles, y todos los cristianos aparecen clasificados bajo el título de la simiente terrenal de Abraham, Cristo surge como Hijo del hombre, no Hijo de David; y a la pregunta de qué es el hombre, la respuesta — que tanto apreciamos— es Cristo glorificado, muerto una vez a causa de la condición humana. En él leemos la mente de Dios con respecto a la humanidad. El hecho de que los mismos cristianos aparezcan clasificados bajo la simiente de Abraham, demuestra a las claras que son parte de la cadena de los herederos de la promesa terrenal (Ro 11), no la asamblea como cuerpo.

La obra es perfecta; es obra de Dios. Él mismo ha efectuado el lavamiento de los pecados. El pleno resultado de los consejos divinos respecto al Hijo del hombre no se ha visto aún. De esta forma, la parte terrenal emerge como predicción, al igual que la parte celestial, si bien las personas a quienes se dirige la epístola tengan ya parte en la gloria —participaban de su vocación celestial—, en lo relativo a la posición que ahora ostenta el Hijo del hombre.

Se considera que el remanente judío, como hemos dicho, sigue a la cadena del pueblo bendecido en la tierra, aparte de los privilegios celestiales que posean o de su estado particular en relación con el Mesías exaltado. Hemos sido injertados en el buen olivo, por lo que compartimos todas las ventajas de las que se habla aquí. Nuestra posición más elevada, y sus correspondientes privilegios, no son aquí objeto de estudio. En consecuencia, como hebreo que escribe a otros hebreos, el autor lo hace a cristianos e israelitas creyentes, contándose uno más. Este es el significado de «nosotros» en la carta; debemos tener esto presente, ya que los creyentes hebreos están incluidos en la expresión que formula el autor.

Como he dicho, en principio haremos bien en apropiarnos de esta expresión, pero para lograr alcanzar una visión más clara de su significado tenemos que entender el punto de vista que el Espíritu de Dios nos quiere hacer ver.

Nadie debía endurecer el corazón; esta palabra estaba dirigida sobre todo a Israel, hasta el día en que Cristo se manifestara. Al hablar de ello, el autor vuelve al mensaje que se les lanzó como nación, no para advertirlos esta vez del peligro en que incurrían si lo descuidaban, sino de las consecuencias de apartarse de lo que habían aceptado como verdadero. Cuando fue liberado de Egipto, Israel provocó a Dios en el desierto —como los cristianos—, a la vista de que no podía entrar en Canaán sin riesgos y de forma inmediata. A quienes el autor se dirigía por carta estaban en peligro de abandonar al Dios vivo de la misma manera, es decir, que lo tenían ante sus ojos.

Habrían hecho mejor en exhortarse unos a otros mientras podían llamar «hoy» este día, para no endurecerse por el engaño del pecado. «Hoy» expresa la paciente actividad de la gracia hacia Israel y hasta el final. El pueblo era incrédulo; endurecieron sus corazones y lo van a seguir haciendo, por desgracia, hasta el fin, cuando acaezca el juicio en la figura del Mesías-Jehová, al que despreciaron. Pero hasta que eso ocurra, Dios no cesa de repetir «es hoy si oís mi voz». Puede que solo unos pocos escuchen, puede que la nación esté endurecida por este juicio para ser admitida a los gentiles, pero la palabra «hoy» sigue lanzando su eco a todos cuantos tienen oídos para oír, hasta que el Señor venga en juicio. Son palabras dirigidas al pueblo por el aguante que Dios tiene con ellos. Para el remanente que había creído, significaban un aviso de no seguir los caminos de la nación obstinada que se negaba a escuchar, a fin de no volverse como ellos y evitar que desapareciera la confianza en la palabra que los había llamado, como sucedió con Israel.

Mientras este «hoy» de la llamada de la gracia continúe, debían exhortarse entre sí para evitar que la incredulidad se deslizara en sus corazones por causa del sutil pecado. Esta es la forma en que suele abandonarse al Dios vivo. Lo decimos como una lección de vida, no por causa de la fidelidad de Dios, que desde luego no permitirá que ninguno de los suyos perezca, sino por el peligro real de todo lo que podía significar un motivo de alejamiento para ellos —en lo que respecta a la responsabilidad—, separándolos de Dios si él no intervenía en la vida que les había dado, la que nunca perece.

El pecado nos aleja de él en cuanto a nuestra forma de pensar. No sentimos lo mismo acerca de su amor, poder e interés por nosotros; ha desaparecido la confianza. La esperanza y el valor de las cosas invisibles disminuyen, mientras que los de las cosas que se ven aumentan exponencialmente. Se genera una mala conciencia en nosotros y no nos sentimos a gusto con Dios. El camino se vuelve duro y difícil de transitar, y la voluntad cobra fuerza; dejamos de vivir por la fe. Las cosas visibles se interponen entre nosotros y lo divino, adueñándose del corazón. Si hay vida, Dios envía sus avisos utilizando al Espíritu —como en la epístola—, y nos castiga para restaurarnos. Cuando la fe imita las apariencias, porque no tiene vida, es fácil abandonarla y dejar que resulte que la conciencia no ha sido tocada.

Es la advertencia contra todo esto lo que puede atraer de nuevo a los vivos. Los muertos cuyas conciencias no han sido tocadas, nunca dirán: «¿a quién iremos; solo tú tienes palabras de vida eterna?», puesto que desprecian los avisos y se condenan. Le sucedió a Israel en el desierto, y Dios juró que no entrarían en Su reposo (Nm 14:21-23). ¿Por qué? Porque se negaron a seguir confiando en él. Su incredulidad, cuando habían sido informados de las bondades de la Tierra de promisión, los privó del descanso prometido.

La posición de los creyentes de los que habla la epístola era la misma, aunque en relación con mejores promesas. A ellos les proclamaron las beldades de la Canaán celestial. Gracias al Espíritu, habían visto y probado sus frutos; continuaban en el desierto, donde tuvieron que perseverar para mantener su confianza hasta el fin.

Dado que Satanás y nuestra conciencia, si no ha sido liberada, se valen de la epístola para sembrar miedos, los cristianos que dudan no salen aquí, ni aquellas personas que no han llegado a confiar por entero en Dios. Para quienes se encuentran en este estado no sirven estas exhortaciones, destinadas solo a preservar la fe del cristiano y a hacerle perseverar, no para disipar sus dudas y temores. Esta manera de entender la epístola —que fomenta la duda— no es sino una artimaña del enemigo. Añadiría que, aunque un total conocimiento de la gracia (no poseído aún por el alma) sea lo único que puede librarla de sus miedos, en casos prácticos similares a este es muy importante que sepa mantener una buena conciencia para no facilitarle al enemigo un plan especial de ataque.

Capítulo 4

El apóstol continúa aplicando esta parte de la historia de Israel a quienes escribe, poniendo especial énfasis en dos cuestiones: en primer lugar, que Israel no había podido entrar en el reposo por su incredulidad; y en segundo lugar, que lo otro aún estaba por cumplirse, que los creyentes (los que no buscaban el respiro aquí, sino que aceptaron el desierto) entrarían en su descanso.

Comienza diciendo: «temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero la palabra que oyeron no les aprovechó, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo». Lo demás está aún por llegar. Hay un descanso que es de Dios, y solo algunos entran en él, pues como está escrito: «ellos —los de la clase excluida— no entrarán en mi reposo».

Dios había trabajado durante la creación, pero luego que terminó descansó de sus obras. Así, desde la fundación del mundo ha demostrado que tuvo un descanso, como en el pasaje citado: «... no entrarán en mi reposo»; pero esto, que indica que el tiempo de entrar en él no se ha cumplido todavía, viene a afirmar que en la primera creación el hombre no había entrado tampoco en el reposo divino. Dos cosas son evidentes: algunos entrarían, pero el Israel al que por primera vez se le propuso, no pudo por su incredulidad. Así que, mucho después de la entrada a Canaán, se fija nuevamente un día en David: «si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones».

Surge aquí una objeción a la que el pasaje ofrece una respuesta detallada, sin mencionar la propia objeción. Los israelitas cayeron en el desierto, pero Josué logró finalmente conducir al resto a Canaán, una tierra que los incrédulos nunca lograron traspasar. Los judíos estaban allí, habían entrado en el descanso, mientras los demás fracasaron. La respuesta es evidente. Bastante tiempo después, dijo Dios por boca de David: «por tanto, juré en mi furor que no entrarían en mi reposo». Si Josué le había dado descanso a Israel, está claro que David no habría podido referirse a otro día. Así, queda un descanso para el pueblo de Dios. Es aún futuro, asegurado por la Palabra y de una relevancia que percibimos en el acto sobre la relación otorgada a los judíos creyentes con la nación, en la cual fueron tentados a buscar un reposo que, de momento, la fe no les concedía, y que a causa de su flaqueza veían muy lejos. Para poseer el descanso de Dios hay que perseverar con fe. El aparente reposo de este tiempo no es el verdadero. El descanso divino todavía no ha llegado, y hay que esperarlo. Solo la fe puede aceptar esto, y no busca otra cosa en el desierto que confiar en la promesa.

Insistía el «hoy». El estado del pueblo era peor que el resto que sí obtuvo el descanso facilitado por Josué, y como demuestran sus salmos, no lo alcanzaron.

En cuanto al orden de los versículos, la exhortación del v 11 depende del correlato precedente, y del argumento completo del testimonio de David, que viene después del de Josué. Después de la creación, Dios descansó, y más tarde afirmó: «... no entrarán en mi reposo». Y así fue que los hombres no entraron en él. Josué sí incursionó en la tierra, pero la palabra de David, más posterior, demuestra que el descanso divino no se había conseguido. Sin embargo, el testimonio que prohibía la entrada al reposo por culpa de la incredulidad defendía que unos cuantos entrarían, de lo contrario no hubiera sido necesario constatar la exclusión de otros por causas especiales, ni advertir a los hombres de que podían evitar lo que se lo impedía.

Mientras no hubieran acabado sus obras, nadie podía entrar en el reposo; en cambio, quien ha entrado en él ha dejado de trabajar, como cesó Dios de su obra antes de entrar en el suyo: «procuremos entrar en aquel reposo —dice la exhortación del fiel testigo— para que ninguno caiga al imitar tal ejemplo de desobediencia».

Debemos prestar especial atención al descanso divino, de lo que se nos habla aquí. Esto nos capacitará para entender la perfecta felicidad otorgada. Dios tiene que descansar en aquello que satisface su corazón. Sucedió con la creación, donde todo era bueno. Y ahora es el turno de que el perfecto amor halle satisfacción en cuanto a nosotros, en la bendición en que nos

veremos cuando poseamos la parte celestial, rodeados de una santidad y luz perfectas en presencia de Dios. Por este motivo, todos los esfuerzos generados por la obra de la fe, su ejercitación durante el paso por el desierto, con sus penas y alegrías, las buenas obras practicadas y el esfuerzo de todo tipo cesarán. No solo seremos libres del poder del pecado que mora en nosotros, sino que terminarán los afanes del nuevo hombre. Somos libres de la ley del pecado, pero entonces nuestro ejercicio espiritual para con Dios acabará. Descansaremos de nuestras obras (las buenas). Ahora descansamos de ellas en lo relativo a la justificación, y en este sentido tienen sosiego nuestras conciencias. Hablamos del descanso del cristiano de todas sus obras. Dios descansó de las tuyas, que desde luego eran buenas, y nosotros reposaremos con él.

Mientras, peregrinamos en el desierto. También sigue nuestra lucha con los espíritus malvados que pueblan las regiones celestes. Un bendito descanso nos aguarda, en que el corazón estará aliviado en la presencia divina y nada perturbará nuestro reposo, y Dios se solazará en esta bendición ofrecida a su pueblo.

La principal meditación del pasaje es que nos revela un descanso futuro, que el creyente no espera aquí ni tampoco sabe dónde encontrarlo. No se detallan sus características, ya que la puerta está abierta a uno de tipo terrenal para el pueblo de las promesas, si bien para los cristianos partícipes del llamamiento celestial el reposo de Dios sea, evidentemente, de otra clase.

El apóstol nos presenta los medios que Dios utiliza a la hora de juzgar la incredulidad y las tentaciones del corazón, que tienden, como ya hemos visto, a extraviar al creyente de su fe y a esconderle de Dios, induciéndolo a satisfacer la carne y a buscar descanso en el páramo.

Para el creyente recto de corazón, este juicio tiene mucha importancia, porque le permite discernir todo lo que es proclive a obstaculizar su progreso y a ralentizar su paso. Es la palabra de Dios, que, siendo la revelación divina y su declaración, la expresión de todo lo que le envuelve y de su voluntad, en las diversas circunstancias que atravesamos, juzga las cosas extrañas al corazón. Su palabra es más penetrante que una espada de dos filos. Vivaz y enérgica, hace la separación de todo cuanto une estrechamente el corazón humano con la mente. Siempre que la naturaleza —el alma y sus emociones— se mezcla con lo espiritual, hace caer el filo de esta espada de la verdad y juzga las maniobras ocultas del corazón, sabiendo discernir todas sus intenciones. Por otra parte, posee otra característica de Dios (por así decir, su ojo sobre la conciencia), que nos lleva hasta donde él está, y todo lo que nos descubre es el juicio que fija en nuestra conciencia. Nada está oculto, sino desnudo y destapado ante los ojos de aquel a quien tenemos que rendir cuentas. He aquí la auténtica ayuda ofrecida por el poderoso instrumento divino para juzgar lo que nos impide seguir nuestra carrera gozosa por el desierto, con corazón optimista y fortalecido por una fe que confía en Dios. Instrumento valioso, grave y sofisticado en su funcionamiento, muestra infinitas bendiciones en sus resultados, que en sus operaciones cabales no da tregua a los deseos de la carne y la mente, e impide que el corazón se engañe, logrando la fuerza por él y poniéndonos en la presencia de Dios con una buena conciencia, para seguir la carrera con gozo y fuerza espiritual. Aquí concluye la exhortación, fundada en el poder de la Palabra.

Hay otra clase de socorro, de distinto carácter, para ayudarnos a caminar por el desierto: el sacerdocio, un tema que la epístola inaugura aquí y que continúa a lo largo de varios capítulos.

Tenemos un Sumo Sacerdote que ha entrado en el cielo —como Aarón atravesó las partes sucesivas del tabernáculo—, a Jesús, el Hijo de Dios. En todo ha sido tentado como nosotros, pecado aparte, para compadecerse de nuestras debilidades. La Palabra saca a la luz las intenciones del corazón, juzga la voluntad y todo cuanto no tiene a Dios por objeto y motivación. Entonces, frente a esta debilidad, contamos con sus empatías. Por supuesto que él no tenía deseos malvados: fue tentado en todos los sentidos, sin el pecado que hubiera podido desempeñar su papel. Yo, en cambio, no deseo empatizar con el pecado que hay en mí. Lo detesto, quiero mortificarlo y juzgarlo sin concesiones. Es lo que hace la Palabra. Para paliar mi debilidad y los problemas, busco la compasión y la encuentro en el sacerdocio de Jesús. No es

necesario que, para compadecerse de mí, una persona sienta lo mismo que yo, sino todo lo contrario. Si sufro dolor, no me hallo en condiciones de pensar en el dolor ajeno, pero para mostrar empatía sí debo tener una naturaleza capaz de comprender su dolor.

Así actúa Jesús cuando ejerce su sacerdocio. Él se halla, en todos los aspectos, más allá del dolor y de la prueba; pero él es humano, y no solo posee una naturaleza humana que en el tiempo sufrió dolor, sino que conoció las pruebas que debió atravesar alguien santo como él más profundamente que nadie, y su corazón pudo empatizar con nosotros después de conocer su experiencia con el mal, así que ahora tiene la gloriosa libertad de suministrarnos su amor y cuidados. Esto nos anima a mantener nuestra profesión pese a los peligros acechantes, porque Jesús se ocupa de ellos con su conocimiento, experiencia y el poder de su gracia. Por tanto, si nuestro Sumo Sacerdote está allí, podemos acercarnos con aplomo al trono de la gracia para pedir misericordia en todos los momentos de necesidad: misericordia, porque somos débiles y dudamos; gracia, porque estamos comprometidos en una guerra que es divina.

Fijémonos que, en cuanto a la gracia, no se trata de ir al Sumo Sacerdote. Con frecuencia lo hacemos, y Dios se apiada de todos modos, lo que demuestra que no acabamos de comprender qué significa exactamente la gracia. Por una parte, el Sacerdote se ocupa y compadece de nosotros como intercesor, y por otra acudimos directamente al trono de la gracia. El Espíritu no habla con detalle de las caídas, pues este tema lo toca 1Jn 2 en lo relativo a nuestra comunión con el Padre; en cambio, aquí podemos acceder a Dios con el propósito de ser fortalecidos y alentados a perseverar en el camino, conscientes de las empatías que tenemos en el cielo y con el convencimiento de que siempre tendremos el paso franco al trono.

Capítulo 5

El capítulo expone el sacerdocio del Señor Jesús y lo compara con el de Aarón, como vamos a ver, con la intención de hacer destacables más sus diferencias que el parecido que guardan entre sí, aunque de uno se desprende una analogía que prefigura al otro. Esta comparación se encuentra en el pasaje 1-10. La línea argumental se interrumpe para ampliarla y continuarla hasta el final del cap. 7, con el motivo de proseguir la comparación con Melquisedec y establecer el cambio de la ley a resultas de una modificación del sacerdocio, lo que nos habla de la introducción de los pactos y de todo lo relacionado con la vida de los judíos.

Un sacerdote elegido de entre los hombres —no está hablando de Cristo, sino de quien equivaldría a él— es ordenado para oficiar las cosas de Dios y ofrecer tantas ofrendas como sacrificios por los pecados, que sea capaz de sentir las miserias de los demás porque él mismo está envuelto de debilidad, y oficiar para sí y para el pueblo. Además, nadie puede arrogarse este honor, dado que lo recibe, como Aarón, por llamamiento divino. La epístola habla más adelante del sacrificio; aquí lo hace de la figura del sacerdote y del orden sacerdotal.

Cristo no se glorificó para convertirse en Sumo Sacerdote. La gloria de su Persona y la de sus funciones manifestadas en forma humana sobre la tierra, las diferencia claramente Dios cuando dijo por primera vez: «tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado» (Sal 2); y una segunda vez con estas palabras: «tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Sal 110). Estas dos son entonces las glorias del Sumo Sacerdote, la personal y la oficial, las del esperado Mesías.

Pero su gloria, aunque la dedique en honor a Dios como consecuencia de la redención, y emprenda así la causa del pueblo acorde a su voluntad, no le acerca a las miserias de los hombres. Es su historia terrenal la que nos hace saber lo perfectamente capaz que era de tomar parte en ellas: «... en los días de su carne» (es decir, en la tierra). Él conoció el desconsuelo y la tristeza de la muerte apoyándose en Dios, elevando su petición a Aquel que era capaz de salvarle. Porque estando aquí para obedecer y sufrir, no quiso salvarse, sino someterse a todo, obedecer en todo y depender de Dios para todo.

Fue escuchado por su temor. Convenía al que llevó sobre sí la muerte —dando la cara por nosotros— sentir todo su peso en el alma. Tampoco evitaría las consecuencias de la obra que emprendía ni faltaría al sentido justo de lo que significaba permanecer bajo el juicio divino. Su temor lo determinaba su piedad, la estimación correcta de la posición en que se encontraba el hombre pecador, la forma en que Dios respondería al respecto. Para él, sin embargo, sufrir las consecuencias de esta posición era obedeciendo. Y esta obediencia tenía que ser perfecta, llegar a su culmen.

Era el glorioso hijo de Dios. Aun así, tenía que aprender a obedecer por sus sufrimientos (para él algo nuevo), saber cómo se hacía en el mundo. Y tras ganar la gloria, tomar su lugar de Hombre glorificado para ser perfeccionado, cuya posición se transformara en el motivo de la salvación eterna de aquellos que le obedecen, y no solo de sus liberaciones temporales. Una salvación que debía ir a la par con la posición que había tomado de resultados de su obra de obediencia, tras ser homenajeadado por Dios como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

Lo que tenemos a continuación, hasta el final del capítulo 6, es un paréntesis sobre el estado de los receptores de esta epístola. Son culpables del embotamiento de su inteligencia espiritual y por otra parte están alentados por las promesas divinas, aunque los llenen de culpa los entresijos de su posición como creyentes judíos. Los pasajes retoman la línea de enseñanza en relación con Melquisedec. Por el momento tenían que haber sido capaces de impartir enseñanza, pero antes necesitaban que alguien los instruyera en los rudimentos de los oráculos de Dios. Necesitaban leche en lugar de carne.

Observamos que no hay mayor obstáculo para el progreso de la vida y la inteligencia espiritual que el apego a las formas antiguas de una religión, que estando compuesta de tradiciones y no únicamente de la creencia personal en la verdad, deposita su fe en unos mandamientos que son, como consecuencia, carnales y de esta tierra. Sin religión, las personas pueden seguir siendo incrédulas, pero la influencia de este sistema, consumida la piedad en sus formas, alza una barrera entre el alma y la luz de Dios, y estas formas ahogan los afectos, manteniéndolos cautivos y evitando que se agranden y los ilumine la revelación divina. Desde un punto de vista moral —como expresa el apóstol—, los sentidos no se ejercitan para discernir el bien y el mal.

El Espíritu Santo no se limita al estrecho círculo de las flacas y huecas emociones de la tradición humana, ni siquiera a esas verdades que, dentro de un estado como el descrito anteriormente, uno pueda recibir. En casos así, Cristo no tiene el lugar que debería. Y esto es lo que cuenta aquí la epístola.

La leche es para los recién nacidos, el alimento sólido para quienes son mayores de edad. Esta infancia era el estado del alma bajo las ordenanzas y los requisitos de la ley (cf Gá 4:1-7). Pero hubo una revelación del Mesías en lo relativo a estos dos estados, la infancia y la madurez: la evolución de la palabra de justicia, de las verdaderas relaciones del alma con Dios, basadas en Su carácter y caminos, y en proporción a la revelación cristiana, que es la manifestación de dicho carácter y el centro de estos caminos. De ahí que el pasaje 5:12-13 hable de los rudimentos, de las bases, de los oráculos de Dios y de la palabra de justicia; el pasaje 6:1, de la palabra del comienzo o de los principios de Cristo.

Capítulo 6

El Espíritu no se detiene, a estas alturas, a examinar a los cristianos, sino que continúa dando la revelación completa de Su gloria, la cual pertenece a los que gozan de su adultez. De hecho, va formándolos para este estado.

El autor inspirado intenta hacer comprender a los hebreos que los estaba llevando a un terreno superior al relacionarlos con un Cristo celestial invisible, mientras el judaísmo insistía en retenerlos en su dilatada condición infantil. Encontramos dos cosas: por un lado, los rudimentos

y carácter de la doctrina correspondientes a la infancia, los «rudimentos de la palabra de Cristo», en marcado contraste con la fuerza y sabor celestial que acompañaban la revelación cristiana; y por otro lado, lo que esta revelación tenía en común con este último sistema espiritual.

Por otra serie de motivos, la epístola distingue entre este sistema y la doctrina de la persona de Cristo, como hombre, aunque Su posición actual tipifique al cristianismo. Esta distinción no se da porque la condición de las almas no dependa del alcance de esa revelación y de la posición que Cristo ha asumido para ellas, sino porque la doctrina de su Persona y gloria va mucho más allá de la forma actual de nuestra relación con Dios.

Las cosas de las que hablan los vv 1-2 acontecieron porque el Mesías todavía tenía que venir: todo se encontraba en su fase de gestación. Los versículos 4 y 5 hablan de los privilegios que los cristianos disfrutaban en virtud de la obra y glorificación del Mesías. Pero ellos mismos no son la «perfección» que menciona el versículo 1, que tiene que ver más bien con el conocimiento de la persona de Cristo. Los privilegios en cuestión eran el resultado de Su posición gloriosa en el cielo.

Es importante prestar atención a esto para entender los pasajes. En la infancia que mencionan los versículos 1 y 2, la opacidad de las revelaciones del Mesías, anunciadas a lo sumo por promesas y profecías, dejó a los fieles bajo el yugo de las ceremonias y de los tipos, pero en posesión de algunas verdades fundamentales. Más tarde, la exaltación del Mesías dio paso en la tierra al poder del Espíritu Santo, y de este poder dependía que las almas que lo experimentaron demostraran su responsabilidad. La doctrina de la Persona y de la gloria de Jesús constituye el tema de la revelación en la epístola, que para los judíos era el medio de librarse de todo el sistema que había impuesto una carga muy pesada en sus corazones; la doctrina debería evitar que renunciaran al estado descrito en los vv 4 y 5, para no regresar a la debilidad (después de venir Cristo) del estado carnal en los versículos 1 y 2. La epístola, pues, no desea establecer nuevamente las doctrinas verdaderas y elementales del tiempo en que Cristo no se manifestó, sino avanzar hacia la revelación absoluta de su gloria y posición, según lo revelado en la Palabra.

El Espíritu Santo no volvería a estas cosas pasadas porque se habían introducido otras nuevas en lo que respecta a la gloria celestial del Mesías: el cristianismo, caracterizado por el poder de Dios.

Pero si había alguien sometido a este poder y lo había conocido para abandonarlo después, no podría ser renovado al arrepentimiento. Las cosas anteriores del judaísmo deben ser —y de hecho lo fueron— desterradas por lo que ahora se introducía. Los cristianos no podían tratar con las almas sirviéndose de las cosas del pasado, y en cuanto a las nuevas, estas almas las menospreciaban. Se pusieron en marcha todos los mecanismos de que disponía Dios, pero no habían surtido efecto en esa persona. Por su propia voluntad, crucificaba de nuevo al Hijo de Dios. Asociada con el pueblo que así actuó, reconoció el pecado que habían cometido, aceptando a Jesús como Mesías, pero ahora que cometía este crimen a sabiendas lo hacía convencido.

A todos se les había enseñado el juicio, la resurrección de los muertos, el arrepentimiento acerca de las obras muertas... Bajo este orden de cosas, la nación crucificó al Mesías, pero esta vez un poder había llegado y testificaba de la glorificación en el cielo del Crucificado, que mediante milagros destruyó el poder del enemigo, quien aún reinaba en el mundo. Estos milagros eran una anticipación de la liberación completa y gloriosa que vendría cuando el Mesías triunfante destruyera totalmente el poder adversario. Por eso se los llama los poderes del mundo venidero.

El poder del Espíritu Santo, y los milagros obrados en el seno del cristianismo, testificaban de que el poder para lograr esta liberación, todavía oculta en el cielo, coexistía en la gloriosa persona del Hijo de Dios. El poder no había logrado obtener aún la liberación de este mundo oprimido por Satanás, porque mientras tanto se estaba llevando a cabo otra misión. La luz de Dios brillaba, se predicaba la buena palabra de gracia, se paladeaba el don celestial —más que la liberación—, y de forma consciente se daba a conocer el poder del Espíritu, al tiempo que

ellos esperaban el retorno glorioso del Mesías para atar a Satanás, y así conseguir la liberación del mundo con Su dominio.

Viéndolo en su conjunto, el poder espiritual y las consecuencias de que el Mesías hubiera sido glorificado antes, se constataron como una revelación y un anticipo de la poderosa liberación que habría de sobrevenir. La revelación de la gracia, la buena y divina Palabra, fue predicada, y el cristiano vivía en la esfera en la que se manifestaban estas cosas, sujeto a su influencia. Lo notaban quienes eran contados entre los creyentes. Incluso donde no había vida espiritual, se hacía sentir esta impronta.

Pero si tras haber sido objeto de esta liberación, después de probar la revelación de la bondad divina y experimentar las pruebas de poder alguien renegaba de Cristo, no quedaban más medios para restaurar el alma y llevarla al arrepentimiento. Los tesoros celestiales estaban agotados; el alma los abandonaba por inservibles, y rechazaba la revelación de la gracia y su poder tras haberlos conocido. ¿Qué otros medios cabía utilizar? Volver al judaísmo, con sus rudimentos de la doctrina de Cristo cuando la verdad se había revelado, era una quimera, dado que ya habían conocido la nueva luz y la rechazaron. Solo quedaba la carne como recurso, sin atisbos de la vida nueva. Las espinas y las zarzas volvían a reproducirse, no se había producido un cambio real en el estado del hombre.

Una vez entendemos que el pasaje plantea el contraste del sistema espiritual con el judaísmo, y que habla de la renuncia del primero tras gustar sus beneficios, desaparecen las dificultades. La posesión de la vida no se supone ni se discute. El pasaje discurre, no sobre la vida, sino sobre el Espíritu Santo como poder de hoy en el cristianismo. Saborear la buena palabra es haber entendido que posee riquezas, no recibir la vida por medio de ella. Así, al dirigirse a los cristianos judíos el apóstol espera ver otras cosas en ellos, mejores que las que pudiera encontrar acompañando su salvación. No podía tratarse del fruto, ya que supone la vida.

El apóstol en realidad no aplica este argumento a los cristianos hebreos, porque por muy bajo que fuera su estado habían producido frutos, pruebas de vida, no solo demostradas por la evidencia de un poder, por lo que continúa su discurso dándoles aliento y motivos de perseverancia. Vemos entonces que este pasaje es una comparación entre lo que se poseía antes y después de la glorificación de Cristo: el estado y privilegios de los religiosos en estos dos periodos, sin referencia alguna a la conversión. Si existía poder espiritual, junto con toda la revelación de la gracia, y alguno abandonaba la asamblea apartándose de Cristo, no había forma de renovarlo para arrepentimiento si quería regresar. El autor inspirado no volvería a sentar las bases de las cosas pasadas respecto a Cristo, ya añejas, sino que seguiría robusteciéndolas para el provecho de quienes sí permanecieron firmes en la fe.

También indicaremos la manera en que la epístola, al referirse a los privilegios cristianos, no olvida el futuro estado terrenal, la gloria y los privilegios del mundo milenar. Los milagros son aquellos del mundo que está por llegar, y pertenecen a esa etapa histórica. La liberación y la destrucción del poder satánico serán entonces absolutos; milagros que iban a ser causa de liberación y de las muestras de este poder. Vimos esta cuestión al comienzo de la doctrina de la epístola (cap. 2:5), y en el capítulo 4 pasamos de puntillas sobre el descanso de Dios, para englobar tanto la parte celestial como la parte terrenal del reinado milenar del Señor. Aquí, el poder actual del Espíritu Santo es la característica principal de los caminos divinos, del cristianismo; pero los milagros son un anticipo de la era venidera, en la cual todo el mundo será bendecido.

Con los ánimos que transmite, la epístola trae a la memoria los principios por los que el padre de los fieles y la nación judía habían caminado, la manera en que Dios había fortalecido en su fe al apóstol. Abraham tuvo que descansar en promesas, sin poseerlas; y este, con respecto al descanso y la gloria, era el estado en que se hallaban entonces los cristianos hebreos. Para depositar también toda la confianza en el corazón, Dios había confirmado su palabra mediante un juramento, a fin de que los que edifican sobre esta esperanza de gloria prometida pudieran tener un consuelo firme y satisfactorio. Y esta seguridad ha recibido una confirmación aún mayor. Ingresó dentro del velo, encontró su sanción en el mismo santuario, donde un precursor

había entrado para dar no solo una palabra o pronunciar un juramento, sino para garantizar personalmente el cumplimiento de estas promesas en el corazón —verdadero santuario y refugio—, dotando de carácter celestial la esperanza que amaban quienes tenían entendimiento espiritual. Por el carácter de Aquel que había entrado en el cielo, también se confirma el cumplimiento certero de las promesas del Antiguo Testamento en relación con un Mediador celestial, quien por su posición aseguraba este desenlace y establecía la bendición terrenal sobre los cimientos estables del cielo, atribuyéndole si cabe características más excelentes por manar de ese lugar.

Tenemos esta doble faceta de la bendición que el libro vuelve a ponernos delante, en relación con la persona del Mesías, y el conjunto, vinculado con Jesús por la fe.

Jesús ha entrado en el cielo como precursor; está en él como Sumo Sacerdote; somos de este cielo. En este momento, su sacerdocio reviste un carácter celestial; sin embargo, de manera personal, él es sacerdote por el orden de Melquisedec. Pone de lado todo el orden de Aarón (aunque siga ejerciendo el sacerdocio según esta analogía), y con su naturaleza señala en el futuro la instauración de un reinado aún no manifestado. Ahora bien, el solo hecho de que este reinado futuro esté relacionado con la Persona del que está sentado a la diestra de la Majestad en lo alto, según el Salmo 110, hacía que el cristiano hebreo fijara la atención, cuando se sentía tentado a volverse, en Aquel que estaba en los cielos, haciéndole comprender el sacerdocio que el Señor oficiaba. Le liberaba del judaísmo y le aseguraba el carácter celestial del cristianismo que había abrazado.

Capítulo 7

Volviendo al tema de Melquisedec, la epístola revisa la dignidad de su persona y la importancia de su sacerdocio. Porque del sacerdocio, como medio para acercarse a Dios, dependía todo este sistema.

Melquisedec —una persona típica, como lo demuestra el uso de su nombre en el Salmo 110— era rey de Salem, un rey de paz y, como indica su nombre, de justicia. La justicia y la paz encarnan su reinado. Pero, sobre todo, era sacerdote del Dios Altísimo, el nombre de Dios como gobernador supremo de todas las cosas, poseedor, como añade el Génesis, del cielo y la Tierra, en cuanto a su título. Con este nombre le reconoció Nabucodonosor, el potentado humillado. Fue así como Melquisedec se reveló a Abraham al bendecir al patriarca después de la derrota de los reyes. En relación con su camino de fe, el nombre de Dios para Abraham era «el Todopoderoso». Victorioso sobre los reyes de aquel territorio, es bendecido por Melquisedec, rey de justicia, el altísimo. Esto apunta a la realeza de Cristo, a un sacerdote en su trono, cuando por la voluntad y el poder divinos él haya vencido a todos sus enemigos en un tiempo que aún no ha llegado, cumpliéndose por primera vez en el milenio, y referido más bien a su parte terrenal. Abraham dio los diezmos a Melquisedec. Su realeza no lo era todo, porque el Salmo 110 es muy claro al describirle como sacerdote y dueño de un sacerdocio estable e imperecedero. No tenía un origen del que heredar su oficio. Como sacerdote, no tenía padre ni madre, y a diferencia de los hijos de Aarón, tampoco genealogía (cf Esd 2:62); no poseía límites asignados a los términos de su servicio, como los hijos de Aarón (Nm 4:3). Fue hecho sacerdote —en su carácter sacerdotal— para el Hijo de Dios, y este está hasta el día de hoy en el cielo.

El hecho de recibir los diezmos de Abraham y que le bendijera por dárselos, demuestra la elevada dignidad de este personaje desconocido y misterioso. Lo único que se dice de él, sin nombrar a padre ni madre, su comienzo o la muerte que pudo haber tenido, es que tuvo una vida.

La dignidad de su persona trascendía a la de Abraham, depositario de las promesas; la dignidad de su sacerdocio superaba a Aarón, quien pagó, en Abraham, los diezmos que Leví recibió de sus hermanos. Entonces, cambia el sacerdocio, y con él todo el sistema que dependía del mismo.

El Salmo 110, interpretado por la fe en Cristo —porque la epístola, huelga decir, es para cristianos—, sigue siendo el punto central de su argumento. La primera prueba, pues, de que todo fue cambiado es que el Señor Jesús, el Mesías (sacerdote según el orden de Melquisedec) no surgió evidentemente de la tribu sacerdotal, sino de la de Judá. Por eso, creían ellos, era el Mesías. Pero de acuerdo con las escrituras hebreas, él era tal y como es presentado aquí, y el sacerdocio cambió junto con todo el sistema. Y no solo como consecuencia del hecho de que fuera de la tribu de Judá, dado que era necesario que surgiera otro, además, del sacerdote de la familia aarónica con la similitud de Melquisedec, no según la ley de un mandamiento, que no tenía más poder que la carne a la que se aplicaba, sino en el poder de una vida sin fin. El testimonio del Salmo era concluyente: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec».

Hay una anulación del mandamiento que existía antes; no era aprovechable (la ley no traía nada a la perfección), y tenemos la introducción de una mejor esperanza por la que nos acercamos a Dios. ¡Qué diferencia! Un mandamiento para el hombre pecaminoso y alejado de Dios es sustituido por una esperanza, una confianza basada en la gracia y la promesa, a través de la cual podemos llegarnos a la presencia divina.

La ley, sin duda, era buena, pero la separación subsistía entre el hombre y Dios. La ley no perfeccionaba nada. Dios era siempre perfecto, y se requería perfección humana para permanecer a la altura de la perfección que la divinidad exigía al hombre. Pero el pecado estaba ahí, y la ley, en consecuencia, carecía de poder, salvo para condenar. Sus ceremonias y ordenanzas no eran más que figuras y un pesado yugo. Incluso aquello que aliviaba la conciencia de manera temporal, traía el pecado a la memoria y nunca la perfeccionaba para con Dios. Todavía se hallaban alejados. La gracia acerca el alma a Dios, quien es conocido en amor y en una justicia apta para nosotros.

El nuevo sacerdocio llevaba el sello en todas sus vertientes de una superioridad al orden legal, junto al que emergía o se desmoronaba todo el sistema. El pacto relacionado con este sacerdocio respondía a un predominio sobre el antiguo sistema. El sacerdocio de Jesús fue establecido por juramento; el de Aarón no. El aarónico pasaba de una persona a otra porque la muerte ponía fin al ejercicio de los investidos. Pero Jesús permanece en su oficio eternamente, tiene un sacerdocio que no se transmite a otros. Así, es capaz de salvar absolutamente, hasta el final, a los que vienen a Dios por medio de él, puesto que vive para interceder por ellos.

En consecuencia, este sumo sacerdote nos convenía. ¡Glorioso pensamiento! Llamados a estar en presencia de Dios y en relaciones con él en la gloria celestial, acercándonos a un lugar que nada podía profanar —al que se nos dio acceso—, necesitábamos un Sumo Sacerdote como los judíos en el templo terrenal, como era requisito de la gloria y la pureza del cielo. ¡Qué ejemplo de nuestra pertenencia a él, de la naturaleza exaltada de nuestra relación con Dios! Tal Sacerdote nos era favorable: santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, sublimado en los cielos; porque así somos, y en cuanto a nuestra posición tenemos esta relación con lo divino, con un Sacerdote que no necesita renovar los sacrificios, como si aún quedara por hacer alguna obra para quitar el pecado, o los pecados pudieran seguir siendo imputados a los creyentes, porque entonces sería imposible permanecer en el santuario celestial. Tras haber completado de una vez por todas su obra para borrar el pecado, nuestro Sacerdote presentó su sacrificio definitivo después de darse él mismo.

La ley formaba a sumos sacerdotes veleidosos, dado que ellos mismos eran humanos. El juramento divino, que vino después de la ley, establece al Hijo perfeccionado y consagrado para siempre a Dios en el cielo.

Vemos que, aunque había una analogía y seguían las figuras de las cosas celestiales, hay más contrastes que similitudes en esta epístola. Los sacerdotes legales mostraban las mismas debilidades que otros; Jesús, en cambio, tiene un sacerdocio glorificado en el poder de una vida interminable.

Capítulo 8

La introducción de este nuevo sacerdocio ejercido en el cielo supone un cambio en los sacrificios y en el pacto. Esto es lo que presenta aquí el autor inspirado, exponiendo el valor del sacrificio cristiano y la nueva y prometida alianza. La conexión directa es con los sacrificios, pero la atención se desvía brevemente hacia los dos pactos, de gran consideración e importancia para el judío cristiano que había vivido bajo el primero.

Este capítulo es simple y claro al respecto. Los últimos versículos dejan poco lugar a más comentarios.

La suma de la doctrina que hemos venido considerando es que tenemos un Sumo Sacerdote sentado en el trono de la Majestad en los cielos, un ministro del santuario celestial no hecho de manos. Por definición, debe tener una ofrenda que presentar allí. Si estuviera en la tierra, Jesús no sería sacerdote. Había ya sacerdotes ordenados por la ley, en la que todas las cosas no eran más que figuras de lo celestial, y a Moisés se le dijo que construyera todo según el modelo que le fue mostrado en el monte. En cambio, el ministerio de Jesús es más excelente, ya que él es el Mediador de un mejor pacto, del que habla Jeremías en su capítulo 31, aquí citado; una prueba clara y sencilla de que el primero no debía continuar. Volvemos a encontrar esta curiosa progresión de la verdad, que exigía ser presentada a personas de tal carácter.

El primer pacto se hizo con Israel; el segundo debe hacerse también con esta nación, como profetiza Jeremías. Aun así, este pasaje solo hace valer el hecho de que habría un segundo pacto para demostrar que el primero no duraría. Había envejecido y debía desaparecer. El apóstol enumera las cláusulas del nuevo. Descubriremos después cómo hace empleo de él. A continuación, presenta un marcado contraste de los servicios implícitos en el antiguo pacto y la obra perfecta en que se fundamenta el cristianismo. Se introducen la importancia y valor de la obra de Cristo.

Aunque no hay aquí ninguna dificultad, es importante arrojar luz respecto a estos dos pactos, porque algunos tienen ideas muy vagas sobre esta cuestión y muchas almas, colocándose bajo otros tratos —es decir, en una relación con Dios en condiciones a las que él no las ha llamado—, olvidan su simplicidad y no se aferran a la gracia y a la plenitud de la obra cristiana, a la posición ganada para ellas en el cielo.

Un pacto es un principio de relación con Dios en la tierra, unas condiciones establecidas por las que el hombre es capaz de relacionarse y vivir con Él. La palabra puede usarse como metáfora, o bien porque resulte más fácil de entender. Se aplica a los detalles de las relaciones divinas con Israel, por ende, a Abraham (Gn 15) y a otros casos similares, pero estrictamente hablando no hay sino dos pactos en los que Dios ha tratado, o tratará, con la humanidad: el antiguo y el nuevo. El antiguo pacto fue firmado en el Sinaí; el nuevo pacto se firmará, asimismo, con las dos casas de Israel.

El Evangelio no es un pacto, sino la proclamación de la salvación de Dios. De hecho, disfrutamos de todos los privilegios esenciales al nuevo pacto, cuyo fundamento está en la sangre de Cristo, pero lo hacemos en el espíritu, no según la letra.

El nuevo pacto se llevará adelante de manera oficial con Israel en el milenio. Mientras tanto, el antiguo lo consideramos solo por el hecho de que existe uno más nuevo.

Capítulo 9

La epístola, que narra algunas particularidades del primer pacto, demuestra que los pecados no fueron quitados ni la conciencia purgada por sus medios, ni concedida a los fieles la entrada al lugar santísimo. El velo ocultaba a Dios. El sumo sacerdote entraba una vez al año para hacer la reconciliación, nadie más. Estaba vedado el paso a la santidad de Dios. Perfecto como era (puesto que se refería a la conciencia), este camino no podía trazarse con la sangre de

toros y machos cabríos. Estos no eran sacrificados sino como ordenanzas provisionales y figuras, hasta que Dios asumió la verdadera obra para consumarla de manera definitiva.

Todo lo cual nos sitúa bajo el foco del Espíritu Santo. Antes de demostrar por las escrituras del Antiguo Testamento la doctrina que anunció, y la interrupción de los sacrificios legales de cada sacrificio por el pecado, el autor, con el corazón lleno de la verdad, enseña el valor y alcance del sacrificio de Cristo, todavía dispar a las anteriores ofrendas, pero basado en el mérito de la ofrenda cristiana. Se obtienen los siguientes tres resultados: en primer lugar, un camino abierto hacia el santuario, el acceso adonde Dios está; en segundo lugar, la purificación de la conciencia, y por último, una redención eterna y —si se me permite añadir— la promesa de una herencia santa.

Uno no puede sino sentir la enorme importancia e inestimable valor de este acceso. El creyente es admitido a la presencia divina si recorre un camino nuevo y vivo que Dios le ha consagrado a través del velo de su carne. Tiene entrada permanente y de forma inmediata al lugar donde él está, en la luz. ¡Qué salvación, bendición y seguridad! Porque ¿cómo podríamos tener acceso al Dios de luz si todo lo que nos separa de él no fuera totalmente quitado por medio del que una vez se ofreció a llevar los pecados de muchos? A este respecto, se nos revela este valiosísimo resultado, y queda formalmente demostrado en el capítulo 10 como un derecho que ya poseemos: el acceso libre y expedito a Dios. No dice el pasaje que estemos sentados allí, dado que no es nuestra unión con Cristo el tema de la epístola, sino nuestra entrada al santuario. Es importante que lo comprendamos, pues goza de tanta más estima que lo demás. Se nos ve en la tierra, y desde ella tenemos acceso libre y total al templo de Dios. Vamos en perfecta libertad hacia él, donde mora su santidad y nada contrario a ella puede admitirse. ¡Qué felicidad! ¡Qué gracia perfecta! ¡Qué glorioso resultado, supremo y consumado! ¿Se puede desear algo mejor, si además sabemos que es nuestro lugar de permanencia? He aquí nuestra posición en la presencia divina por la entrada de Cristo en el santuario.

El segundo resultado nos muestra el estado personal en el que somos presentados para gozar de esta posición y entrar libremente, y es que nuestro Salvador ha hecho posible que nuestra conciencia sea perfecta para poder acceder al santuario sin temor, sin que aparezca en la mente una sola duda acerca del pecado. Una conciencia perfecta no es una conciencia inocente, que, feliz con su desconocimiento del mal, no conoce al Dios santo y revelado. Una conciencia perfecta, en cambio, le conoce; está limpia y, consciente del bien y del mal, sabe que está lavada gracias a su iluminación con la pureza de Dios. La sangre de los toros y machos cabríos, así como los recurrentes lavamientos bajo la ley, nunca habían podido perfeccionarla. Santificaban la carne y permitían que el adorador se acercara a cierta distancia de él, con el velo todavía sin rasgar, pero un verdadero lavamiento del pecado y de los pecados, y que el alma pudiera estar en presencia de la luz sin conciencia de mancha alguna, era algo que las ofrendas legales nunca podían satisfacer. Eran solo figuras sombrías. Gracias a Cristo, él consumó la obra y ocupa ahora el santuario celestial y eterno donde ejerce de testigo de la erradicación de nuestros pecados, de que toda conciencia pecaminosa se quitó de delante de Dios, pues sabemos que quien cargó con ellos está en Su presencia tras cumplir la obra de la expiación. Así, tenemos la conciencia de permanecer sin mancha en la luz, del lavamiento no solo de los pecados, sino también de la conciencia, lo que nos permite utilizar este acceso con toda libertad y gozo, presentándonos ante el que tanto nos amó.

El tercer resultado, que sella y tipifica los otros dos es que Cristo, una vez que hubo entrado, permanece en el cielo. Ha ido al santuario celestial donde sigue en virtud de una redención eterna, de una sangre de validez perpetua. La obra está completamente terminada, y nunca podrá modificarse. Si nuestros pecados están efectivamente eliminados, Dios glorificado y cumplida la justicia, lo que una vez sirvió para efectuar todo esto no puede volver a repetirse. La sangre derramada una vez por todas es eternamente eficaz.

Nuestro Sumo Sacerdote está en el santuario, no con la sangre de los sacrificios, que no son más que sombras de la verdad, sino por haber cumplido con la obra que quita el pecado.

Esta redención no es temporal ni transitoria. Se trata de una redención del alma para la eternidad, según la eficacia moral de su consumación.

He aquí los tres aspectos del resultado de la obra cristiana: el acceso inmediato a Dios, la conciencia purgada y una redención eterna. Quedan por ver tres cuestiones antes de abordar los temas, aquí retomados, de los pactos.

En primer lugar, Cristo es Sumo Sacerdote de los bienes futuros. Al hablar de «lo venidero», comenzamos por referirnos al Israel legal antes del advenimiento del Señor. De obtener ahora estas cosas buenas y decir que las tenemos, difícilmente las llamaríamos «las cosas buenas venideras», dado que cuando se inauguró, el cristianismo les dio cumplimiento. Están por llegar. Consisten en todo lo que el Mesías disfrutará cuando reine. Es también la razón por la cual las cosas terrenales tienen su representación. Pero nuestra relación con él es únicamente celestial. Actúa como sacerdote, en presencia de Dios, en un tabernáculo que no es de esta creación, sino celestial. Nuestro sitio está en el cielo.

En segundo lugar, Cristo se ofreció sin mancha por el Espíritu eterno. Su preciada ofrenda es un acto que realizó como hombre, desde el punto de vista de la perfección y del valor de su Persona. Se entregó a Dios movido por el poder y la perfección del Espíritu eterno. Todos los motivos que impulsaron esta acción, y el hecho que los cumplió, eran puramente del Espíritu Santo, es decir, absolutamente divinos, y actuaron en un hombre sin pecado que, sin albergarlo y sostenido por el poder espiritual, nunca lo conoció, estando exento de él por nacimiento, de manera que es el Cristo Hombre quien se da a sí mismo. Este era el requisito. La ofrenda era en sí perfecta y pura, sin contaminación (y su acto, perfecto), ya fuese ofrendada en amor u obediencia, con el deseo de glorificar a Dios y cumplir sus propósitos. Nada se interpuso en su intención de entregar la vida.

No se trataba de una ofrenda temporal por un pecado con el que cargaba la conciencia y que luego no trascendía, una ofrenda que no pudiera, por su naturaleza, poseer la perfección de la que hemos hablado porque no se trataba de la Persona ofrecida, ni que lo hiciera absolutamente para Dios si no se encontraba en ella la perfección de la voluntad ni esa obediencia. Al contrario, la ofrenda de Cristo, perfecta en su naturaleza moral a ojos de Dios, fue por necesidad eterna y de un valor tan imperecedero como la naturaleza divina que fue glorificada en él. Se presentó esta ofrenda, no porque fuera necesario, sino por libre voluntad y albedrío, ofrecida por un Hombre a la gloria divina y mediante el Espíritu eterno, igual en naturaleza y valor. Siendo todo cumplido a la perfección, la conciencia de cada cual que viene a él por medio de esta ofrenda es purgada; se borran sus obras muertas y son desechadas. Estamos ante Dios sobre la base de lo que Cristo ha efectuado. Y aquí entra la tercera cuestión.

Una vez lavada perfectamente la conciencia de todo lo que el hombre produce en su naturaleza pecaminosa, y tener luego que relacionarnos con el Dios de luz y amor (cuando no se nos cuestiona delante de él), estamos en condiciones de servirle con plenitud. ¡Preciosa libertad! Felices, sin que su naturaleza de luz nos cuestione, le servimos con amor en la actividad de esta naturaleza. El judaísmo no poseía más conocimiento de ello que del perfeccionamiento de la conciencia. Este sistema mantenía, en efecto, una obligación hacia Dios y ofrecía cierta provisión al fracaso de su testimonio, pero de ahí a alcanzar una conciencia perfeccionada para luego servirle en amor, de acuerdo con su voluntad, el judaísmo lo ignoraba. He aquí la posición cristiana: la conciencia perfeccionada para servir a Cristo libremente conforme a su naturaleza amorosa, que obra para con los demás.

Porque el sistema judío, entre las mayores ventajas con que contaba, era la posesión de un lugar santo. Había deberes y obligaciones que cumplir antes de poder ministrar en él, sacrificios de lavamiento. Mientras, Dios permanecía oculto. Nadie entraba en ese lugar santo, ni que decir tiene en el sanctasanctorum, una zona completamente restringida. Todavía no se había ofrecido ningún sacrificio que permitiera su libre acceso y a cualquier hora. Dios estaba velado; que lo estuviera era característico de la religión judía. Nadie podía officiar delante de él, y él tampoco se manifestaba. Le servían desde el exterior y no entraban nunca a su presencia.

Es importante tomar nota de esto para comprender el pasaje, saber que dentro del tabernáculo su más alto intento de aproximación a Dios lo definía el lugar santo. Al primer tabernáculo, el judaísmo entendido como sistema, se le conoce por su sección anterior, abierta únicamente a la casta sacerdotal, y la sección posterior (el santuario o sanctasanctórum), solo conocida por el misterio que la envuelve, pues no permitía el acceso a Dios. Cuando el autor habla de la posición que ocupa actualmente Cristo, deja de referirse al tabernáculo terrenal y habla del cielo, de un tabernáculo no hecho con las manos ni de esta creación, al cual somos introducidos.

La primera parte del tabernáculo imprimía su carácter a la relación del pueblo con la divinidad, por medio de un sacerdocio que no podía hacerlos llegar hasta Dios. Cuando nosotros nos acercamos a él, lo hacemos hasta el cielo, donde el primer sistema desaparece por completo. Todo se ofrecía como figuras, incluso cuando denotaban que la conciencia aún no había sido liberada ni la presencia de Dios era accesible al hombre. El recuerdo de los pecados se renovaba continuamente; el sacrificio anual era su conmemoración, pero Dios no se manifestó entonces ni quedó abierto el camino que conducía hasta él.

Cristo viene, realiza el sacrificio, perfecciona la conciencia, va al cielo y nos acercamos a Dios en la luz. Mezclar el servicio del primer tabernáculo o lugar santo con el servicio cristiano es negar el cristianismo, porque aquel significaba que el camino hacia Él no estaba aún preparado, a diferencia del segundo, que indicaba su disponibilidad. Dios puede mostrar paciencia con la debilidad humana. Hasta la destrucción de Jerusalén soportó a los judíos, pero los dos sistemas no podían coexistir, uno que dice que es imposible acercarse a Dios y otro que sí.

Cristo ha venido como Sumo Sacerdote de un nuevo sistema, representando aquellas cosas buenas que, según el antiguo, estaban a punto de llegar. Aun así, no entró en el santuario terrenal dejando el paso por el lugar santo realmente sin significado. Él ha venido por el (no al) más excelente y perfecto tabernáculo. Lo repito porque es algo básico: el lugar santo, el primer habitáculo de morada, tipifica la relación de los hombres con Dios en la primera tienda, entendida su sección anterior como un período reconocible con igual significado. Para salir de esta sección debemos olvidarnos de los tipos y pasar al cielo, el verdadero santuario donde Cristo vive y ningún velo impide nuestra entrada.

No se dice que ya tengamos «las cosas buenas venideras». Cristo, el Sumo Sacerdote de ellas, ha marchado al cielo para asegurar su posesión a cuantos confían en él. Por otro lado, tenemos acceso en virtud de su presencia en la luz. Esta presencia es la prueba de una justicia totalmente establecida; la sangre, una evidencia de que nuestros pecados son quitados para siempre y la conciencia perfeccionada. El Cristo celestial es la garantía del cumplimiento de todas y cada una de las promesas. Nos ha abierto un acceso desde ahora mismo para ir hacia Dios en la luz, con nuestra conciencia lavada de manera definitiva, dado que él permanece en lo alto para que podamos entrar y servirle desde aquí. Todo esto ha quedado establecido y afirmado; pero hay más. El nuevo pacto, del cual es mediador, se basa en su sangre. La manera en que el apóstol evita siempre la aplicación directa del nuevo pacto es muy llamativa.

Las transgresiones que se imputaban bajo el primer pacto, la sangre de cuyos sacrificios no podía expiar, son borradas totalmente por la sangre del nuevo. Así, los que son llamados (fijaos en la expresión del v 15) pueden recibir la promesa de la herencia eterna, es decir, el fundamento está establecido para el cumplimiento de las bendiciones del pacto. El apóstol dice la herencia eterna porque, como vemos, la reconciliación fue completa, nuestros pecados, llevados y cancelados, y la obra por la que el pecado es finalmente quitado de la vista de Dios, cumplida de acuerdo con la naturaleza y el carácter divino. Este es el asunto principal de toda esta parte de la epístola.

Todo se debía a la necesidad que había de este sacrificio, de que los pecados, y finalmente el pecado, fueran eliminados por entero para gozar de las promesas eternas, puesto que Dios no podía enviar bendiciones, de forma determinante y como principio duradero, mientras el pecado permaneciera ante sus ojos; que Cristo, Hijo divino humanado en la tierra, se convirtiera

en el Mediador del nuevo pacto e inaugurase al morir un camino para el continuo disfrute de lo prometido. El nuevo pacto no hablaba *per se* de un mediador. Dios escribiría sus leyes en los corazones del pueblo y no recordaría sus pecados.

Esta alianza aún no se ha establecido con Israel y Judá. Pero en el ínterin, Dios sí ha establecido y revelado al Mediador, que ha realizado la obra en que poder fundar el cumplimiento de las promesas de una manera duradera en principio, eterna, porque está relacionada con la naturaleza divina. Esto se lleva a cabo mediante la muerte, la paga del pecado, gracias a la cual este es olvidado, se hace la expiación por los pecados y toma cuerpo una posición totalmente nueva más allá del pecado. El Mediador ha pagado el rescate, y el pecado no tiene más derecho sobre nosotros.

Los versículos 16-17 son un paréntesis que introduce la idea de un testamento —de la misma raíz griega que «pacto», una disposición de parte de quien tiene el derecho a establecerlo—, para darnos a entender que la muerte debe suceder antes de que unos derechos delegados puedan disfrutarse.

La necesidad de que se fundara en la sangre de una víctima no fue olvidada en el primer pacto. Todo estaba salpicado de sangre. Solo que, en este caso, se trataba de la solemne sanción de la muerte unida a la obligación de cumplir el tratado. Los tipos hablaban de la necesidad de que la muerte interviniera antes de que los hombres pudieran relacionarse con Dios. El pecado trajo la muerte y el juicio. O nos sometemos a este, o tenemos nuestros pecados borrados tras haber sufrido otro este juicio en nuestro lugar.

Aquí se presentan tres aplicaciones de la sangre. El pacto se basa en ella. La impureza es lavada por sus medios. La culpa, eliminada por la remisión que se obtuvo a través de la sangre derramada. Estas son, de hecho, las tres cosas necesarias. En primer lugar, los caminos de Dios de otorgar la bendición según las promesas están relacionados con su justicia, una vez expiados los pecados de quienes fueron así bendecidos. Requisito fundamental del pacto por el que Cristo glorificó a Dios en la cruz.

En segundo lugar, se logra el lavamiento del pecado que nos manchaba y por el que todas las cosas, que no podían ser imputadas de culpa, estaban también manchadas. Aquí hubo casos en los que el agua se usaba típicamente: la limpieza moral y práctica. Fluía de la muerte; el agua que lava manaba del costado de la Víctima santa fallecida. Se trata de la aplicación de la Palabra, que juzga todo el mal y revela el bien a la conciencia y el corazón.

En tercer lugar, en cuanto a la remisión. En ningún caso se puede obtener sin derramamiento de sangre. Observad que aquí no dice «aplicación». El cumplimiento de la obra de la verdadera propiciación es de lo que estamos hablando. Sin derramamiento de sangre no hay remisión. Actualísima verdad. Para una obra de remisión han de entrar en juego la muerte y el vertimiento de la sangre.

Dos consecuencias resultan de estos puntos de vista de la expiación y reconciliación con Dios. La primera, que era necesario que hubiera una víctima más excelente, un sacrificio mejor que los ofrecidos bajo el antiguo pacto, dado que eran las cosas celestiales, no sus figuras, las que debían limpiarse, porque es en presencia de Dios que Cristo ha entrado en el cielo. La segunda, que él no debía ofrecerse repetidas veces, como hacía el sumo sacerdote que entraba todos los años con la sangre de otros. Cristo se ofreció. Por lo tanto, si todo lo que estaba disponible en el sacrificio no se llevó a la perfección por una sola ofrenda hecha una vez, él debió de sufrir en incontables ocasiones desde la fundación del mundo.

Esto nos lleva a poder afirmar, de manera clara y precisa, los caminos divinos sobre esta cuestión, y es una afirmación de inestimable valor. Dios permitió que se sucedieran los siglos — los diferentes periodos en que el hombre ha sido probado de formas distintas, y ha tenido tiempo de demostrar lo que es— sin cumplir aún Su obra de gracia. Esta prueba ha servido para constatar que la humanidad es mala por naturaleza y voluntad. La multiplicación de los medios solo hizo más evidente la maldad esencial de su corazón, puesto que no se sirvió de ninguno de ellos para acercarse a Dios. Por el contrario, su enemistad contra él ha sido siempre palmaria.

Dios dejó esto claro antes de la ley, con ella, durante la proclamación de las promesas, y con la venida y la presencia del Hijo, y entonces tomó el relevo de nuestra salvación para glorificarse, sustituyendo la responsabilidad humana por una obra fundamentada en la fe que sabe que estamos completamente perdidos. Esto aclara la expresión «en la consumación de los siglos». Esta obra es perfecta, y se hizo de un modo perfecto. El pecado había deshonrado a Dios y separado al hombre de él. Todo lo que Dios había hecho para ofrecerle los medios de regresar, acabó por darle la oportunidad de llenar la medida de su falta rechazando a Jesús. Pero con esto se cumplieron los consejos divinos y eternos, cuando menos la base moral de cumplir verazmente sus resultados. De hecho, y como era la intención, todo dependía del segundo Adán y de lo que Dios había cumplido, no de la responsabilidad humana, para llevar todo a cabo para Su gloria (2Ti 1:9-10; Tit 1:1-2). El Cristo al que el hombre rechazó apareció para quitar el pecado por el sacrificio de sí mismo. Fue, desde el punto de vista moral, la consumación de los siglos.

No se ha manifestado aún el resultado de la obra y el poder divinos. Una nueva creación lo hará posible. El hombre, como hijo de Adán, ha trazado toda una carrera de relaciones con Dios, cuyo fin ha resultado ser enemistad contra él. Y cumplidos los siglos, Cristo obedeció la voluntad divina quitando el pecado por su propio sacrificio, por eso llevó su obra a cumplimiento. Este es el poder moral de su acto, de su sacrificio. A resultas de ello, el pecado será completamente eliminado de los cielos y de la tierra. Para la fe, este resultado se cumple en la conciencia, ya que Jesús, que asumió el pecado por nosotros, murió a él y ahora está resucitado y glorificado, quedando —ni que sea por nuestra causa— todo olvidado.

Por otra parte, este resultado se anuncia al creyente, a aquellos que están esperando el regreso del Señor. La muerte y el juicio son la suerte de los hijos de Adán. Cristo se ha ofrecido una vez para llevar los pecados de muchos; a los que le esperan, se les aparecerá por segunda vez, sin pecado, para salvarlos, no para juzgarlos.

En cuanto a los que están en una posición delante de Dios, los pecados son definitivamente eliminados; como él es, así son ellos, que los tienen ya borrados. Cristo apareció la primera vez para hacerse pecado y cargar con los nuestros en la cruz. Y con relación a los que le esperan, estos pecados están totalmente cancelados. Cuando regrese, no será por tener que solucionar nada al respecto de quienes los tienen invalidados. Esto lo trató en su primera venida. Aparecerá la segunda vez para librarlos de sus resultados, de la esclavitud total; no para juzgarlos, sino para salvarlos. La eliminación del pecado de ante la presencia de Dios ha sido tan absoluta para los creyentes que cuando él venga por segunda vez no será porque vuelva a tener algo con él, sino en relación con quienes, fuera de toda duda, le buscarán para su liberación final.

«Sin pecado» contrasta con «llevar los pecados de muchos». Advertiréis que aquí no se menciona la asamblea. Es bueno darse cuenta del lenguaje empleado. Lo que caracteriza a su segunda venida es el sujeto. Él ha aparecido una vez, y ahora es visto por aquellos que le buscan. Esta expresión puede aplicarse a la liberación de los judíos que le esperarán en los últimos días, cuando se manifieste para traerles libertad. Esperamos al Señor para esta liberación y le veremos cuando la obtenga por nosotros. El apóstol no toca la diferencia entre esto y el arrebatamiento, ni aclara la expresión que sirve de anuncio del juicio que vendrá. Jesús se aparecerá a los que le estarán esperando sin ser visto por el mundo. El Espíritu Santo habla solo de aquellos que buscan al Señor. A ellos se aparecerá y le verán en el instante en que vayan a ser liberados, de modo que esto es aplicable tanto a nosotros como al remanente judío de los últimos tiempos.

La posición cristiana y la esperanza del mundo venidero, fundadas en la sangre y en el Mediador del nuevo pacto, se exponen aquí. Una es la porción actual del creyente, mientras que la otra está asegurada como expectativa futura de Israel. ¡Qué maravillosa la gracia que estamos considerando!

Hay dos cosas que nos presenta Cristo: la atracción del corazón para con su gracia y bondad, y su obra, que lleva nuestras almas a la presencia de Dios. Es con esta que el Espíritu Santo nos mantiene aquí ocupados. No solo hay la piedad que produce la gracia, está la eficacia de la obra en sí. ¿Y cuál el resultado de esta obra? Poder acceder a Dios en la luz sin velo, libres de todo

pecado y con una nívea blancura que solo la luz puede revelar. ¡Posición maravillosa para nosotros! No es necesario esperar un día de juicio ni antes buscar los medios de acercarnos a Dios. Estamos ya en su presencia. Cristo comparece delante de él por nosotros, y no solo eso, permanece de manera definitiva allí; nuestra posición, por lo tanto, nunca cambia. Es cierto que estamos llamados a caminar a la altura de su emplazamiento, pero esto no altera el hecho de que esté consolidada. ¿Cómo y en qué condiciones la alcanzamos? Nuestros pecados fueron eliminados y quedaron borrados de un plumazo, y su problemática fue llevada delante de Dios. Estamos allí porque Cristo ha concluido la obra que los abolió, de modo que tenemos dos cosas: una obra cumplida y una posición en presencia de la divinidad.

Esto presenta una marcada diferencia con el judaísmo. Según este sistema, el servicio divino se cumplía en el lado externo del velo. Los adoradores no accedían a la presencia de Dios. Por consiguiente, siempre estaban comenzando. El sacrificio propiciatorio se renovaba año tras año como testimonio de que el pecado aún existía. A modo personal obtuvieron un perdón temporal por sus actos individuales, pero tenía que volver a concederse continuamente. La conciencia nunca se perfeccionaba, el alma no accedía a Dios y esta gran duda no quedaba resuelta. ¡Cuántas almas están ahora en esta situación! La entrada anual del sumo sacerdote no era sino para demostrar que el camino seguía estando prohibido, que no había acceso a Dios y que el pecado no se olvidaba.

Mas ahora la culpa de los creyentes ha desaparecido, sus pecados los ha lavado una obra hecha una vez por todas. La conciencia es perfeccionada, y no hay ninguna condenación para ellos. El pecado en la carne ha sido condenado en el cuerpo de Cristo como sacrificio por el pecado, y él comparece en presencia de Dios por nosotros. El Sumo sacerdote está allí. En lugar de un memorial del pecado repetido año sí y año también, la justicia perfecta subsiste en presencia de Dios. La posición ha cambiado por completo.

La muerte y el juicio son la suerte del hombre. Pero nuestro destino no depende de Adán, sino de Cristo, al que se le ofreció llevar los pecados de muchos. La obra consumada, los pecados eliminados, y para quienes le buscan, él aparecerá sin ninguna conexión con el pecado, dado que esta cuestión quedó resuelta en su primera venida. En la muerte de Jesús, Dios se ocupó de los pecados de aquellos que le buscan, y él aparecerá, no para juzgarlos, sino para salvarlos y librarlos finalmente de la posición en la que los alcanzó el pecado. Todo es aplicable al remanente judío, sean cuales sean las circunstancias de su posición, pero de manera absoluta también al cristiano, que tiene el cielo por privilegio.

Capítulo 10

El punto crucial de la doctrina de la muerte de Cristo es que él se ofreció de una sola vez por todas. Debemos tenerlo en cuenta para comprender la importancia de todo lo que se está diciendo. Este décimo capítulo la expondrá. El autor hace una recapitulación de su doctrina al hilo de esta cuestión, confirmándosela a las almas por medio de las Escrituras, debido a consideraciones que son evidentes para toda conciencia iluminada.

La ley no hacía perfectos, con sus sacrificios, a los adoradores, ya que si estos hubieran sido traídos a la perfección aquellos no se habrían ofrecido repetidamente. Si se ofrecían una y otra vez era porque los adoradores no eran perfectos. Por el contrario, la repetición del sacrificio era una rememoración de los pecados que recordaba a la gente que el pecado existía, que estaba delante de Dios. En efecto, la ley, aunque era la sombra de lo que iba a venir, no era su verdadera imagen. Había sacrificios repetitivos, no uno de eficacia perdurable. Un sumo sacerdote, mortal y con un oficio transmisible entraba una única vez al año donde el velo que ocultaba a Dios permanecía sin rasgar, y no podía quedarse en Su presencia. De este modo era como existían elementos que indicaban claramente las partes constituyentes, por así decir, del sacerdocio de los bienes futuros, pero el estado de los adoradores era, en un caso, todo lo contrario de lo que lo era en el otro. En el primero, todo acto sacrificial demostraba que la obra de reconciliación

no estaba hecha; en el segundo, la posición del sumo sacerdote y del adorador atestigua que está realizada, que son perfeccionados para siempre en presencia de Dios.

En el capítulo, este principio se aplica al sacrificio. Su repetición demostraba que el pecado subsistía. Que el sacrificio de Cristo fuera ofrecido una única vez probaba su eterna eficacia. Si los sacrificios judíos hubieran hecho a los adoradores realmente perfectos ante Dios, habrían dejado de ofrecerse. El apóstol está hablando como principio general, del sacrificio anual del día de la expiación. Si por la eficacia del sacrificio hubieran sido perfeccionados de manera permanente, no habrían tenido más conciencia de los pecados ni pensado en renovar los sacrificios.

Es muy importante que la conciencia sea lavada, que nuestros pecados estén expiados y el adorador se acerque en virtud del sacrificio. El significado del servicio judío es que la culpa aún estaba ahí; el del cristiano, que ha desaparecido. En cuanto al primero, hermoso como es el tipo, la razón es evidente: la sangre de los toros y de los cabrones no podía quitar el pecado. A raíz de ello, los sacrificios fueron abolidos por una obra de otro tipo, que, aunque ofrenda, excluye a todos los otros y su repetición, porque consiste en nada menos que en la entrega del Hijo de Dios para cumplir la voluntad divina y consumir aquello a lo que se consagró: un acto imposible de repetir, cuya voluntad, de ser posible que se cumpliera dos veces, hablaría de la insuficiencia del primer sacrificio, por lo tanto, de ambos.

Esto es lo que el Hijo de Dios dice en este pasaje tan solemne (vv 5-9), en el que por gracia se nos permite saber lo que pasó entre el Padre y él cuando emprendió el cumplimiento de la voluntad divina, lo que dijo y los consejos eternos que llevó a cabo. Él toma el lugar de la sumisión y la obediencia para realizar la voluntad de otro. Dios no aceptaría sacrificios que se ofrecieran bajo la ley —las cuatro clases señaladas aquí—, dado que ya no se complacía en ellos. En vez de eso, había preparado un cuerpo para su Hijo (importante y enorme decisión), porque el lugar del hombre es la obediencia. Así pues, al tomar este lugar el Hijo de Dios, se colocó en la tesitura de obedecer de forma perfecta. De hecho, y sea como fuere, emprendió el deber de cumplir toda la voluntad divina, esa voluntad que siempre es buena, aceptable y perfecta.

Dice el salmo en la Septuaginta: «me has agujereado los oídos..., me has preparado un cuerpo...». Es el Señor quien habla en estos pasajes; palabras que, visto su significado, emplea el Espíritu como metáfora. El oído, para la recepción de los mandamientos y el principio de la obligación a obedecer, o la disposición a hacerlo: «despertará mañana tras mañana mi oído» (Is 50); es decir, que me ha hecho escuchar su voluntad, ser obediente a sus mandamientos. La oreja se perforaba junto a la puerta con un punzón para indicar que el israelita era un esclavo de la casa y que tenía que obedecer siempre. Ahora, al tomar un cuerpo, el Señor adoptó la forma de siervo. Se le perforaron los oídos y él solo tuvo que colocarse en una posición de obediencia a la voluntad de su Maestro, fuera cual fuese.

Al ir a los detalles, se especifican los holocaustos y las ofrendas por el pecado, sacrificios que indicaban características inferiores de la comunión y que poseían, por otra parte, un significado más profundo. Sin embargo, Dios no hallaba placer en ellos. En una palabra, el servicio judío fue declarado inaceptable por el Espíritu. Todo terminaría, nada producía fruto. Ninguna ofrenda que proviniera de él era admisible. Los consejos divinos se exponen, ante todo, en el corazón de la Palabra, donde el Hijo de Dios se ofrece para cumplir su voluntad: «entonces dije, como está escrito en el libro, he venido, oh Dios, para hacer tu voluntad». Nada hay más solemne que izar el velo y ver lo que ocurre en el cielo entre Dios y el Verbo comprometido a hacer su voluntad. Antes de acatarla, él se ofrece para cumplirla de libre amor y albedrío, como quien tiene el poder. Se da a sí mismo y emprende el camino del acatamiento para comprometerse a cumplir los deseos divinos. Esto significa, de hecho, sacrificar su propia voluntad, pero de manera libre y a raíz de su determinación, y también de la decisión paterna. Necesita ser Dios para hacerlo, llevar a cabo todo lo que él puede resolver hacer.

He aquí el gran misterio de esta relación divina, que permanece rodeada de majestad a pesar de habérsenos comunicado. Debemos conocerla si queremos entender la gracia infinita y esta obra gloriosa. Antes de humanarse, cuando solo conocemos la divinidad, y sus consejos y

pensamientos eternos son comunicados entre las Personas divinas, el Verbo, como nos lo ha declarado todo este tiempo el espíritu profético, fue capaz de disponerse a hacer la voluntad de Dios contenida en el libro de sus designios y ofrecerse libremente para cumplirla. Sumiso a este consejo dispuesto para él, se ofrece en perfecta libertad para llevarla a cabo. Y sin embargo, se somete al tiempo que se compromete a hacer lo que Dios desea. Se encontraba en el camino de la obediencia, de la sumisión y la entrega. Yo podría dar mi palabra de cumplir la voluntad de otro, de forma libre y competente, como deseo personal, pero si quiero *hacerla* me someteré de forma total y absoluta a ella. Es lo que hizo el Señor. Declaró que vino con este cometido, y tomó una posición de obediencia cuando aceptó el cuerpo preparado para él.

Lo que hemos estado hablando se manifiesta en la vida del Jesús terrenal. Dios resplandece desde su posición en un cuerpo humano, pues era forzosamente divino en el acto mismo de su humanación, y nadie más que él podría haber emprendido este camino. Sin embargo, fue de forma perfecta del todo obediente al depender por entero de Dios. Lo revelado durante su existencia terrenal era la expresión de lo que se había estado llevando a cabo en la morada eterna y en su naturaleza. Es decir —de esto habla el Salmo 40—, lo que él declara y afirma ser aquí abajo son la misma cosa, uno en el cielo, otro corporalmente en la tierra. Lo que fue aquí no era sino la expresión y la manifestación viva, real y corporal de esas comunicaciones reveladas, las realidades acerca del lugar que asumió. Es importante poder darse cuenta de estas cosas en la libre ofrenda que nos muestra el conocimiento divino, y no solo en el cumplimiento a través de la muerte, todo lo cual otorga un carácter bastante distinto a su obra terrenal.

Tal como vimos en el cap. 1, el Espíritu Santo presenta a Cristo de esta manera. Pero esta revelación del salmo era necesaria para explicarnos cómo llegó a ser un siervo, quién era realmente el Mesías, lo que nos ofrece una visión amplia de los caminos de Dios, visión cuyas profundidades, por la claridad con la que se revelan, nos muestran cosas tan divinas y gloriosas que inclinamos la cabeza y ocultamos el rostro al tener parte en sus comunicaciones, viendo a las Personas ilustrándonos sobre sus actos y relaciones íntimas. No es aquí la gloria lo que nos deslumbra, pero aun en este pobre mundo no hay nada de lo que seamos más inconscientes que de la intimidad de quienes están, en sus respectivas vidas, en una posición superior a la nuestra. ¡Cuánto más Dios! Bendito sea su nombre. La gracia lleva hacia esta revelación, que se ha acercado hasta nosotros y nos permite conocer, en nuestra debilidad, estas preciadas verdades sobre el Señor Jesús, que inició por propia voluntad el cumplimiento de todo el deseo de Dios y a quien agradó tomar un cuerpo preparado para manifestárnoslas. El amor, la entrega a la gloria divina, y la manera en que se comprometió a obedecer, están totalmente explicados. Y esto —el fruto de los consejos eternos— desplaza por su misma naturaleza todo signo provisional, e integra las condiciones de toda relación con Dios en el medio con el cual se glorificó a sí mismo. El Verbo asume entonces un cuerpo para ofrecerse como sacrificio. Además de la revelación de este fervor personal, a la hora de cumplir su voluntad, también se nos presenta el efecto de este sacrificio.

Él vino a hacer la voluntad de Jehová. La fe entiende que es por ella que, de acuerdo con la sabiduría eterna, preparó un cuerpo a su Hijo, que aquellos a quienes ha llamado para salvación son apartados para Dios; en otras palabras, que están santificados. Por Su voluntad somos apartados para él, no por la nuestra, sino por medio del sacrificio que ha sido ofrecido a Dios una vez.

La epístola no habla de la comunicación de la vida o de una santificación práctica forjada por el Espíritu Santo. Los sujetos son la persona de Cristo ascendida a lo alto, y la eficacia de su obra. Esto es importante con respecto a la santificación, ya que demuestra una completa separación para Dios, como pertenecerle al precio de la ofrenda de Jesús es una consagración a él por medio de esta oblación. Dios tomó a los judíos impuros de entre los demás hombres y se los consagró, de forma que son los llamados de esta nación y, gracias a él, a nosotros también nos llamó mediante el sacrificio de Jesús.

Existe otro elemento ya indicado en esta ofrenda, cuya enjundia la epístola aplica a los creyentes, a saber, que se hace una vez y por la eternidad. No admite repetición. Si disfrutamos

del efecto de esta ofrenda, nuestra santificación es eterna por naturaleza. No falla, nunca se repite. Somos eternamente de Dios según su eficacia plena. Por tanto, nuestra santificación o separación tiene, respecto a la obra que la hizo posible —en cuanto a la firme voluntad y gracia de las que manó—, su perfección, durabilidad y poder inagotables. El efecto de la ofrenda no se limita a la separación. La cuestión es que lleva implícita nuestra consagración a Dios a través de la ofrenda eficaz de Cristo, quien cumplía su voluntad. Y ahora la posición que él ha tomado, como consecuencia de ofrecerse a sí mismo, se emplea para demostrar claramente el estado al que nos ha llevado ante Dios.

Los sacerdotes judíos (el contraste todavía existía) oficiaban delante del altar, repitiendo los mismos sacrificios que nunca podían quitar los pecados. Pero este Hombre, cuando ofreció un sacrificio por los pecados, se sentó para siempre a la diestra divina. Allí, tras terminar por los suyos todo lo relacionado con esta presentación sin mancha a Dios, aguarda el momento en que sus enemigos estén a su estrado, como dice el Salmo 110: «siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». El Espíritu nos da una razón realmente preciosa: «porque él ha perfeccionado para siempre a los que son santificados».

En el v 14, al igual que en el v 12, la locución adverbial «para siempre» expresa permanencia, una continuidad ininterrumpida. Él permanece sentado, y nosotros somos perfeccionados de continuo en virtud de su obra, de la justicia por la que él se sienta y se encuentra en la diestra divina del trono de forma personal, habiendo demostrado Dios su aceptación antes de cedérsela. Está allí para nosotros.

Se trata de una justicia apta al trono divino que no varía ni presenta carencias. Él está sentado en este lugar eternamente. Si somos santificados (apartados para Dios) por esta ofrenda, también somos perfeccionados para él a través de ella.

Hemos visto que esta posición se origina en la buena voluntad de Dios, una voluntad que combina su gracia y propósito con la seguridad en el cumplimiento de la obra cristiana, cuya perfección se demuestra por la cesión de la diestra a Aquel que la llevó a cabo. Pero, por otro lado, el testimonio en el que creemos debe ser divino para poder gozar de esta gracia, y que nos permita conocerla con mayor seguridad para que el corazón se aleje de la duda. Así son las cosas. El Espíritu Santo nos da su testimonio al respecto: «no me acordaré más de sus iniquidades». La voluntad origina la obra, el Hijo de Dios la cumple y el Espíritu así nos lo atestigua. Su aplicación al pueblo, llamado por gracia y perdonado, se expone de manera total y plena, no solo el cumplimiento del sacrificio.

La seguridad de que Dios ya nunca recuerde nuestros pecados y transgresiones se basa en su voluntad firme, en la ofrenda perfecta de Cristo —quien a raíz de ella está sentado a Su diestra—, y en el sólido testimonio del Espíritu Santo. Es un asunto de fe que Dios nunca más vaya a acordarse de nuestros pecados.

Veamos la forma en que el autor nos presenta este pacto. Aunque al escribir a los santos hermanos participantes del llamamiento celestial diga de aquel que es «un testimonio para nosotros», la forma de dirigirse a los hebreos creyentes, que mantienen matices del pueblo de Dios, es marcada en la epístola. El apóstol no habla enseguida del pacto como privilegio del que pudieran obtener su porción inmediata, sino de su novedad a tenor de las actuales aplicaciones. Cita el testimonio espiritual para sacar a relucir la cuestión capital de que no se van a recordar nuestros pecados. Alude al pacto que los judíos sabían que Dios había ya declarado, porque cuenta con la autoridad de las escrituras acerca de su pueblo santificado y admitido en el favor divino, al tiempo que presenta dos líneas de reflexión: en primer lugar, que el perdón completo no existía bajo el primer pacto; y, por último, que la puerta queda abierta para bendecir a la nación cuando se establezca formalmente el segundo.

Cuando los pecados son remitidos, no hay más oblación por el pecado. Si el sacrificio único ha obtenido la remisión, no se pueden ofrecer más para obtenerla. Podrá existir el recuerdo de este sacrificio sin reparar en sus características, pero no puede haber otro que quite los pecados que ya se han quitado. En realidad, estamos en un terreno nuevo por el hecho de que mediante el sacrificio cristiano se hayan borrado todas nuestras faltas y se nos haya efectuado, ya

partícipes de la vocación celestial, una limpieza permanente con la remisión y la redención eterna, estando a ojos de Dios limpios de pecado. Y todo sobre la base de la obra perfecta de Cristo, quien ha entrado en el cielo, el verdadero sanctasanctórum, una vez cumplida la obra.

Así, toda la libertad y el aplomo son nuestros para entrar en el santuario con la sangre de Jesús, a través de un camino nuevo y vivo para ser admitidos sin mancha en presencia del Dios al fin revelado. Para nosotros se ha rasgado el velo, y quien lo rasga a fin de admitirnos dentro, también ha quitado el pecado que nos excluía. Un Sumo sacerdote sobre la casa de Dios nos representa en el sanctasanctórum.

En estas verdades se basan las exhortaciones que siguen. Pero antes una palabra sobre la relación que existe entre la justicia perfecta y el sacerdocio. Hay muchas almas que utilizan el sacerdocio como medio para obtener el perdón cuando han faltado. Acuden al Cristo vicarial para que interceda por ellas y les conceda el perdón que desean, pero no se atreven a pedirselo directamente a Dios. Estas almas, sinceras como son, no tienen libertad para entrar en el santuario. Se refugian en Cristo para volver a ser llevadas a presencia de la divinidad. Su condición es prácticamente como la de un judío piadoso. Han perdido, mejor dicho, nunca han tenido, por fe, verdadera conciencia de su posición ante Dios en virtud del sacrificio cristiano. No hablo aquí de los privilegios de la asamblea; ya hemos visto que la epístola no los menciona. La posición que reserva para los creyentes es esta: a cuantos se dirige no los ve en el cielo, aunque participen del llamado celestial, sino que para ellos se lleva a cabo una redención perfecta, con el olvido de la culpa y de los pecados del pueblo. La conciencia se perfecciona y no se rememoran ya las faltas, gracias a la obra realizada de una vez por todas. No se suscita cuestión alguna de los pecados, es decir, de su imputación, de que existan entre el pueblo y Dios. No puede haberlos, dada la obra cumplida en la cruz. La conciencia es por tanto perfecta; su representante y Sumo Sacerdote está en el cielo como testigo de la obra que se les efectuó.

Así pues, aunque la epístola no los presenta sentados en el santuario, como en Efesios, tienen plena libertad y aplomo para entrar en este sitio. La cuestión de su imputación no existe; sus pecados se han imputado a Cristo. Él está en el cielo como prueba de que han sido borrados definitivamente, así que acceden libremente a la presencia divina sin conciencia de poseerlos.

¿Para qué sirve el sacerdocio? ¿Qué se debe hacer respecto a los pecados que cometemos? Interrumpen la comunión, pero no alteran nuestra posición ante Dios ni el testimonio que ofrece la presencia cristiana a su diestra. Tampoco plantean ninguna duda sobre la imputación, aunque sí son pecados contra la posición que miden el nivel de conciencia y relación que tenemos con Dios. La perpetua presencia de Cristo a la diestra divina arroja este doble resultado: primero, nos perfecciona para siempre, y no tenemos más conciencia de los pecados, somos aceptados; segundo, él intercede por gracia para ayudarnos en momentos de necesidad y que no pequemos. Pero el ejercicio actual de su oficio no tiene que ver con los pecados: a través de su obra no tenemos más conciencia de ellos, somos perfeccionados para siempre. Otra verdad relacionada con esto se encuentra en el capítulo 2 de la primera epístola de Juan: tenemos un Abogado con el Padre, Jesucristo el justo. Nuestra comunión con el Padre y él está bien cimentada. Nuestros pecados no se nos imputan porque la propiciación tiene un valor para Dios. Por otra parte, el pecado sí interrumpe la comunión. Aun así, nuestra justicia no se ve alterada, ya que es Cristo quien está a la diestra divina; ni cambia la gracia, puesto que él es la propiciación por nuestras faltas. Cuando el corazón se aleja de Dios, la comunión queda rota. La gracia actúa en virtud de la justicia perfecta, y por la abogacía de Cristo, en nombre del que ha faltado, es restaurada el alma a la comunión. Tampoco es que vayamos a Jesús por esta razón; él acude, si pecamos, a Dios por nosotros. Su presencia allí es el testimonio de una justicia inmutable que poseemos, su intercesión nos mantiene en el camino que debemos andar, y como abogado restaura la comunión basada en esa justicia. Nuestro acceso a Dios permanece siempre abierto. El pecado impide que sigamos disfrutando de la comunión, y el corazón se aleja, pero la abogacía de Jesús es el medio de despertar la conciencia por la acción espiritual y la Palabra, y entonces volvemos, humillados, a su presencia. El sacerdocio y la mediación van ligados a la condición de

una criatura imperfecta y débil que comete faltas, reconciliándola con la perfección y la gloria del lugar adonde la introduce la justicia divina. El alma se mantiene firme, o bien es restaurada.

Continúan las exhortaciones. Poseyendo el derecho de acercarnos a Dios, hagámoslo de corazón sincero, con la plena seguridad de nuestra fe. Es lo único que da honra a la eficacia de la obra cristiana y al amor que nos ha llevado a disfrutar de Cristo. A continuación, se alude a la consagración de los sacerdotes, algo natural, ya que acercarse al santuario es la cuestión. Fueron rociados con la sangre y lavados con agua; después se acercaban para servirle. Aunque no dudo acerca del significado de esta alusión, es lógico pensar que el bautismo la haya originado. No hablamos de la unción, sino del poder o privilegio del derecho moral de acercarse.

De nuevo vemos que, en cuanto al fundamento de la verdad, este es el terreno en el que permanecerá Israel los últimos días. En el Cristo celestial no tendrán un lugar, ni en la posesión del Espíritu Santo que une al creyente con él, sino que su bendición entrañará el agua y la sangre. Dios no recordará más sus pecados, pues serán lavados con el agua limpia de la Palabra.

La segunda exhortación es perseverar en la profesión de la esperanza sin dudar. El que perfeñó las promesas es fiel.

No solo debemos tener esta confianza en Dios, sino que hemos de considerar el animarnos los unos a los otros, y, al mismo tiempo, no errar en la profesión pública y común de la fe, fingiendo mantenerla y evitando la identificación abierta con el pueblo del Señor, con todo lo que entraña profesarla delante del mundo. Además, esta confesión pública tenía otro motivo, ya que el día estaba cerca. Vemos que el juicio presentado aquí busca tocar la conciencia y evitar que los cristianos regresen al mundo y carguen con el peso de temer a los hombres, en lugar de mostrar temor por la venida del Señor por los suyos. El v 26 está relacionado con el párrafo anterior (23-25), cuyas últimas palabras aportan la amonestación del versículo 26, basada, además, en la doctrina de estos dos capítulos acerca del sacrificio (caps. 9 y 10). El apóstol insiste en perseverar en una confesión completa de Cristo, porque su sacrificio ofrecido una vez fue único. Si alguien que había profesado conocer su valor lo abandonaba, no había otro al que pudiera recurrir, pues no podría repetirse, quedando agotados todos los sacrificios por los pecados. Todos fueron perdonados por la eficacia de este sacrificio, pero si después de conocer la verdad elegían pecar, no existían otros en virtud siquiera de la perfección del de Cristo. Solo restaba el juicio. Profesantes así, tras poseer el conocimiento de la verdad y haberla abandonado, asumían el carácter de adversario.

El caso que se supone es la renuncia a la confesión de Cristo, prefiriendo deliberadamente, una vez conocida la verdad, caminar en pecado con la propia voluntad. Esto es evidente por lo que hemos leído antes en el v 29.

Hebreos 6 y 10 hablan de dos privilegios básicos del cristianismo que lo distinguen del judaísmo, y este último sistema se pone como ejemplo para advertir a los que hicieron profesión de él que la renuncia a la verdad, después de disfrutar de sus ventajas, era algo funesto, que si se renunciaba a estos medios de salvación no había otros. Estos privilegios manifestaban el poder del Espíritu Santo, y la ofrenda que, por su valor intrínseco y absoluto, no daba lugar a otra. Los dos eran poderosamente eficaces, y si por una parte proveían el manantial divino, la fuerza y revelación de la presencia de Dios, por otra daban a conocer la redención eterna y perfección del adorador, no dando más alternativas al arrepentimiento si alguien abandonaba el poder que conoció de esa presencia. No había ocasión para otro sacrificio que, además, habría negado la eficacia del primero después de la obra salvífica de Dios, ya sea con relación a la redención o a su presencia en medio de los suyos. No quedaba nada más que juicio.

Quienes despreciaron la ley de Moisés, murieron sin remedio. ¿Qué no merecerían, pues, aquellos que cayeran en manos de Dios tras pisotear al Hijo y considerar baladí la sangre del pacto que los había santificado? No es simplemente desobediencia, por mala intención que tuvieran, sino desprecio a la gracia de Dios y a lo que él había hecho en la persona de Jesús para librarnos, precisamente, de las consecuencias de desobedecer. ¿Qué quedaba si, con el conocimiento de lo que sabían, presentaban su renuncia? ¿Y cómo iban a poder evitar el juicio?

Sabían que un Dios había dicho que la venganza era suya y que él adjudicaría la recompensa, que el Señor juzgaría a su pueblo.

Observad aquí la forma en que la santificación se atribuye a la sangre, y los profesantes, que son tratados como integrantes del pueblo. La sangre, recibida por fe, consagra el alma a Dios, pero aquí se ve como un medio externo que separa a las personas que forman el pueblo. Todo individuo que tenía a Jesús como Mesías, y la sangre, como sello y fundamento de un pacto eterno que lo lava y redime, separándolo para Dios, no encontraba otra forma de ser santificado si renunciaba a ella. El anterior sistema había perdido evidentemente su poder, y, el verdadero, lo había abandonado. Esta es el motivo de que se diga «tras haber recibido el conocimiento de la verdad».

Sin embargo, el apóstol espera cosas mejores de ellos, porque el fruto, la señal de vida, seguía allí. Les recuerda cuánto habían sufrido por la verdad, que incluso habían recibido con gozo el fruto de sus bienes, sabiendo que les esperaba una porción mejor y más duradera en el cielo. No debían abandonar esta confianza, pues la recompensa era grande. En realidad, necesitaban paciencia para que, después de haber hecho la voluntad de Dios, recibieran el resultado de la promesa. Y el que ha de venir, pronto lo haría.

A esta vida de paciencia y perseverancia se aplica este capítulo. Pero existe un principio como motor de esta vida. Entre las dificultades del camino cristiano, el justo vivirá por la fe; y si alguien reniega de ella, Dios no le mostrará su contentamiento. «Pero —dice el autor, posicionándose como siempre entre los creyentes— no somos de los que retroceden, sino de los que creen en la salvación del alma». Acto seguido, describe la acción de esta fe y anima a los cristianos con el ejemplo de los ancianos que habían alcanzado reconocimiento andando según el mismo principio por el que los fieles eran llamados ahora a caminar.

Capítulo 11

Este nuevo capítulo no declara solo el principio mencionado al comienzo de la epístola, sino su acción y poder. La fe da desarrollo (sustancia) a lo que esperamos, y convence al alma de lo que no vemos.

Tenemos mucho más orden de lo que generalmente se piensa en la serie de ejemplos que produce aquí el motor de la fe, aunque este orden no sea el motivo principal. Señalaré sus principales características. Primero, con respecto a la creación.

Perdida en los razonamientos y desconocedora de Dios, la mente humana buscó soluciones sin fin para dilucidar el sentido de su existencia. Quienes hayan leído las cosmogonías de la Antigüedad saben cuántos sistemas diferentes, a cada cual más absurdo, se han inventado para lo que Dios presenta por fe de manera más simplificada. La ciencia moderna, con una mente menos activa pero más práctica, se detiene en segundas causas y se ocupa poco de Dios. La geología ha desplazado a la cosmogonía de los hindúes, los orientales, los egipcios y los filósofos griegos. Para el creyente, en cambio, lo que piensa acerca de esta cuestión está claro: tiene la mente tranquila gracias a la fe y la inteligencia. A través de Su palabra, Dios llamó todo a existir. El universo no es una causa productora, sino una criatura que se mueve por una ley que se le ha impuesto, la de Uno que tiene autoridad y ha hablado. Su palabra es de una eficacia divina. Él habla, y el asunto deviene. Creemos que esto es una propiedad de Dios, porque una vez que se tiene esto en cuenta, todo se vuelve más fácil. Exclúidle y los hombres se perderán en las obras de su imaginación, con las que ni siquiera pueden llegar al conocimiento de un creador porque esto solo funciona por medio de un poder derivado. Antes de entrar en los detalles del estado que presenta actualmente la creación, la Palabra dice: «en el principio, Dios creó los cielos y la tierra». Lo que pueda haber ocurrido entre este momento y el subsiguiente caos no forma parte de la revelación. Otra cosa es el acto especial del diluvio, que sí conocemos. El comienzo del Génesis no ofrece ninguna explicación de los detalles de la creación ni de la historia del universo. Refiere el hecho de que al principio Dios creó, las cosas que tienen que ver con el hombre y su

entorno. Los ángeles no aparecen siquiera. De las estrellas, dice: «[...] también hizo las estrellas»; cuándo, no lo sabemos. Por la fe creemos que los mundos fueron creados por la palabra divina.

Pero el pecado ha entrado, y la justicia tiene que ser satisfecha para el hombre caído, a fin de que pueda presentarse ante Dios. Él le ha ofrecido un cordero para el sacrificio. Expondremos aquí, no el don de parte de Dios, sino el alma que se acerca a él con fe.

Por fe, Abel ofrece a Dios un sacrificio más excelente que el de su hermano Caín, sacrificio que, fundado en la revelación hecha por Dios, aquel presentó con la inteligencia que la conciencia tenía de lo divino, en lo relativo a la posición que ocupaba como oferente. La muerte y el juicio habían llegado por causa del pecado, para el hombre algo insoportable, ya que tenía que vivir sometido a ambos. Por lo tanto, tenía que confesárselo a Dios con un sucedáneo que la gracia le había facilitado. La sangre era símbolo tanto del juicio como de la perfecta gracia. Si la presentaba permanecía en la verdad, y esta verdad era justa y generosa. Abel se acerca a Dios y, tras depositar el sacrificio entre ambos, recibe el testimonio de que es justificado según Su justo juicio. El sacrificio abelino estaba relacionado con la justicia que condenaba al hombre, pero también poseía el valor perfecto de lo que representaba. El testimonio se destinaba a su ofrenda, y Abel quedó justificado delante de Dios. No solo acepta su sacrificio, sino a Abel, que acudía con la ofrenda y recibió de Él el testimonio de que era justo. ¡Dulce y bendito consuelo! Se lo ofreció a sus dones, de modo que tuviera la seguridad de ser aceptado por el valor de ese sacrificio. Al ir a Dios por el sacrificio de Jesús, no solo soy justificado —recibo el testimonio de que soy justo—, sino que él testifica de mi ofrenda, por eso mi justicia obtiene de ella su valor y perfección: la ofrenda cristiana ofrecida a Dios. El hecho de recibir el testimonio de que somos justificados, y que se rinda del don que presentamos (no de la condición en la que nos encontramos), tiene un valor infinito para nosotros. Estamos ante Dios según la perfección de la obra cristiana. Así es como caminamos con él.

Habiendo sido la muerte el medio de mi aceptación ante Dios, todo lo que pertenece al pasado es abolido por la fe; el poder y los derechos de la muerte quedan destruidos *per se*. Cristo los ha sufrido. Por tanto, si le agrada a Dios, nos llevará al cielo sin siquiera pasar por la muerte (cf 2Co 5:1-4). Él lo hizo, como testimonio, para Enoc y Elías. No solo se quitan los pecados y se establece la justicia a través de la obra cristiana, sino que los derechos y el poder de quien ostentaba la muerte son totalmente anulados. Podrá sobrevenirnos la muerte, que por naturaleza somos responsables de haber producido, pero poseemos una vida fuera de su alcance. La muerte, si llega, no significa más que ganancia, y aunque no haya nada más que el poder de Dios que resucite o transforme el cuerpo, este poder, que se ha manifestado en Jesús, ha obrado en nosotros dándonos vida, lo que cobra evidencia por la poderosa liberación del pecado, de la ley y la carne. La muerte, como baza del adversario, es conquistada; se convierte en una ganancia para la fe, no en un juicio sobre la naturaleza. La vida, y el poder de Dios en ella, obran en santidad y obediencia en la tierra, pero después se manifestará en la resurrección o transformación del cuerpo. Es un testigo del poder respecto a Cristo en Ro 1:4.

Hay otra consideración que hacer. Enoc recibió el testimonio de que anduvo agradando a Dios antes de ser trasladado, y esto tiene una gran importancia. Si caminamos con Dios, tenemos el testimonio de que le agradamos, la afecto de la comunión con él, su Espíritu, su presencia que nos acompaña, la conciencia de andar según su Palabra, que sabemos que cuenta con su aquiescencia; en suma, una vida que, pasada con él y ante él por la fe, transcurre a la luz de su semblante y en la contemplación de las comunicaciones de su gracia, como claro testimonio que viene de él y es indicativo de que le agradamos. Un hijo que camina con un padre bondadoso y conversa con él sin que su conciencia le reproche nada, ¿no goza de su favor?

Enoc tipifica la posición de los santos que componen la asamblea. Es llevado al cielo en virtud de una victoria completa sobre la muerte. Por el ejercicio de la gracia soberana, vive ajeno al gobierno divino y a su corriente liberación. Ofrece un testimonio espiritual para juicio del mundo que él no experimenta (Jud 14-15). Una senda como la de Enoc tiene a Dios por objeto; su existencia cobra sentido —asunto de vital importancia, que en el mundo es tratado con

condescendencia—, y Dios se interesa por el camino de personas así para recompensar a quienes le buscan con diligencia.

Entra Noé en la escena del gobierno del mundo. No advierte a los demás del juicio venidero como si no fuera con él, puesto que él mismo fue advertido en primer lugar. Y aunque sea un predicador de justicia, vive en medio de circunstancias a las que hace referencia el aviso divino. Hablamos del espíritu de profecía. A Noé le estimula el miedo y construye un arca para salvar a su familia, así fue cómo condenó al mundo. Enoc no tuvo necesidad de construir una para ponerse a salvo del diluvio, no era su trabajo: Dios se lo llevó como medida excepcional. En cambio, Noé es preservado como heredero de la justicia que es por fe para un mundo futuro. Acepta el testimonio divino sobre el juicio que sobrevendrá a los hombres con los medios provistos para escapar de él y a disposición de todo creyente.

Veamos más detalles. Abel tiene el testimonio de que él es justo; Enoc camina complaciendo a Dios, exento de la suerte común del género humano al proclamar el mensaje sobre el destino que aguarda a los hombres y la venida del que va a ejecutar juicio. Avanza hacia el cumplimiento de los consejos del cielo, pero ni él ni Abel condenaron al mundo por donde transitaban con un anuncio a sus habitantes. Esta función la tuvo el profeta Noé, que, aunque salvado, vivía en medio de gente juzgada. Esta gente es ajena a la asamblea noética: el arca condenaba al mundo; el testimonio divino sirve a la fe y Noé hereda un mundo destruido, así como la justicia de fe a la que todos los creyentes resulta familiar, sobre la que se construye una tierra nueva. Es el caso del remanente judío de los últimos días. Mientras que somos preservados para el arrebatamiento —dado que no pertenecemos al mundo—, ellos pasan por los juicios. Advertidos de los caminos del gobierno de Dios, serán testigos de los juicios futuros y herederos de la justicia que es por fe, de la que testificarán en un mundo nuevo y que tendrán que hacer cumplir por medio del juicio de Aquel que vendrá, cuyo trono defenderá la tierra en la que el propio Noé fracasó. Las palabras «heredero de la justicia que es por fe» indican, creo, que la fe que había gobernado a unos cuantos se concentraba en su persona; que el mundo incrédulo, en definitiva, estaba condenado. En cuanto al juicio, como testigo de esta fe no le queda más remedio a Noé que atravesarlo, y cuando el mundo se renueva él se convierte en testigo de la bendición que dependía de esa fe, aunque fuera todo haya cambiado. Así, Enoc representa a los santos del tiempo actual; Noé, al remanente judío.

El Espíritu, después de establecer los principios fundamentales de la fe en acción, continúa produciendo en detalle ejemplos de la vida divina sobre el conocimiento que poseían los hebreos y que un corazón judío no podía dejar de reconocer, como tampoco las necesidades de los hebreos cristianos.

En el caso anterior hemos visto una fe que, después de conceder crédito al Dios creador, reconoce los principios básicos de las relaciones del hombre con él hasta que cesan en la tierra.

Acto seguido, tenemos la paciencia de la fe que no posee nada, sino únicamente confianza en Dios, y una esperanza asegurada por el cumplimiento de las promesas (vv 8-22). Podríamos subdividir el pasaje de la siguiente manera: en primer lugar, la fe que acepta su extranjería y la mantiene, porque desea algo mejor, y, a pesar de que flaquea, encuentra la fuerza necesaria para esperar este cumplimiento (vv 8-16). Su efecto es poder entrar en el gozo de una esperanza celestial. Extranjeros en la tierra de la promesa, sin poder disfrutar del cumplimiento de lo que aguardan, esperan cosas más excelentes, cosas que Dios prepara en lo alto para aquellos que le aman. Por eso él ha dispuesto una ciudad. Al unísono con los pensamientos divinos, sus deseos se corresponden, por gracia, con las cosas que a él le deleitan y son objeto de especial atención. No se avergüenza de llamarse su Dios. Abraham no solo le siguió hacia la tierra que le tenía reservada, sino que como extranjero que aún no poseía la promisión es exaltado a la esfera de los pensamientos divinos, y al gozar de la comunión con Dios y de las comunicaciones de su gracia confía en él durante este proceso, aceptando la posición de forastero. Como porción de fe, espera la ciudad celestial que Dios ha fundado y construido. No tuvo, por así decir, una revelación abierta del significado de esta esperanza cuando fue llamado, pero caminar lo bastante cercano a Dios y saber que podía gozar de su presencia —consciente de que podría no

recibir el cumplimiento de la promesa—, le permitía hacer suyas cosas mejores y esperarlas, viéndolas de lejos y como extranjero, sin importarle el país de donde salió. La principal aplicación de estos principios de fe al caso de los cristianos hebreos es evidente. Son la vida normal de fe para todos.

La segunda característica de la fe es la absoluta confianza en el cumplimiento de las promesas, mantenida a pesar de todo lo que podría socavarla (vv 17-22).

Luego tenemos una segunda división, en la que la fe se abre camino a través de los obstáculos que se oponen a su avance (vv 23-27). A partir del versículo 28 hasta el 31, la fe revela una confianza basada en Dios, acerca del uso de los medios que pone a nuestra disposición, de los que la naturaleza no puede servirse. Finalmente, están la energía de la que bebe la fe y los avatares típicos de su camino.

Este rasgo general es habitual en todos los ejemplos ya mencionados, que quienes han ejercitado su fe no han recibido el cumplimiento de la promesa. Su aplicación al estado de los cristianos hebreos es evidente. Además, estos ilustres héroes, por muy buena reputación que tuvieran entre los judíos, no disfrutaron de los privilegios que poseían los cristianos. Dios había reservado en sus consejos algo mejor para nosotros.

Permítasenos algunos detalles. La fe de Abraham refleja una profunda confianza depositada en Dios. Llamado a dejar a su propia gente, rompe con los lazos naturales y obedece, sin saber adónde va, suficiente para que le sea mostrado el sitio. Habiéndole llevado Dios hasta allí, Abraham mora satisfecho y confía plenamente en él, que no le ofrece nada. Pero de todo salía ganador. Esperaba una ciudad que tuviera fundamentos, mientras confesaba abiertamente que era extranjero y peregrino. Andaba cerca de Dios en espíritu. Sus afectos están implicados a pesar de carecer de todo. Anhela un país mejor y se apega a Dios de la forma más cabal. No siente ningún deseo de regresar a su tierra, pues busca otra. Así actúa el cristiano. Cuando Abraham ofreció a Isaac, confiaba absolutamente en Dios, lo que le permitió, gracias a su mandato, poder renunciar incluso a las promesas otorgadas y poseídas en la carne, seguro de que él se las restauraría derrotando a la muerte y superando todo tipo de obstáculos con Su poder. De este modo fue que Cristo renunció a sus derechos de Mesías, y fue a la muerte entregándose a la voluntad de Dios y confiando en él para recibirlo todo en la resurrección. Esto es lo que tenían que imitar del Mesías los cristianos hebreos si esperaban las promesas. Con fe vemos el Jordán seco, que no podríamos haber cruzado si el Señor no hubiera pasado primero.

Démonos cuenta de que al confiar en Dios y abandonarlo todo por él, ganamos y aprendemos más acerca de sus poderosos caminos, porque al renunciar, de acuerdo con su voluntad, a cualquier cosa adquirida debemos esperar que el poder divino nos ofrezca lo sumo. Abraham renuncia a las promesas de la carne. Ve la ciudad que tiene fundamentos; desea un país celestial. Renuncia a Isaac, en el que estriban las promesas, y aprende que existe la resurrección, que Dios es infaliblemente fiel. Las promesas de la carne estaban en Isaac; por consiguiente, si le ofrecía en sacrificio, Dios debía devolvérselo por medio de la resurrección.

La fe distingue, en Isaac, entre la porción del pueblo elegido y la elección del hombre, que adquiere unos derechos naturales al nacer. Este es el conocimiento de los caminos divinos a la hora de bendecir y juzgar.

Por la fe Jacob, un débil extranjero que no tenía nada más que el báculo que le había ayudado a cruzar el Jordán, adora a Dios y anuncia la doble porción del heredero de Israel, al que sus hermanos rechazaron: un tipo del Señor, heredero realmente de todas las cosas. Esto establece la base para el culto.

Por la fe José, extranjero representante del Israel errante, cuenta con el cumplimiento de las promesas terrenales²².

²² En casos como este encontramos los derechos de Cristo en la resurrección, el juicio de la naturaleza y la bendición de la fe —por medio de la gracia—; la herencia de todas las cosas celestiales y terrenales por parte de Cristo, y el futuro retorno de Israel a su tierra.

Estas son expresiones de confianza en la fidelidad de Dios para el futuro cumplimiento de sus promesas. A continuación, tenemos la fe que supera las dificultades que emergen en el camino del varón de Dios, del modo en que le es asignada para encaminarse hacia el gozo de las promesas. La fe de los padres de Moisés les hace ignorar la orden cruel del faraón y protegen a su recién nacido, al que en respuesta a esta fe Dios guardó por unos medios extraordinarios cuando no había otras maneras humanas de salvarle. La fe no razona; obra apoyada en su propia visión y deja el resultado a Dios. Los medios que él utilizó para guardarle colocaron a Moisés en una posición de responsabilidad más bien elevada en el reino egipcio. Llegó a poseer todo el reconocimiento que ese periodo podría otorgar a un hombre distinguido por su fuerza y carácter. Pero la fe hace su trabajo e inspira afectos que no miran a las circunstancias, aunque pueda haberlas originado la providencia. La fe cuenta con los objetos provistos por Dios y gobierna el corazón con ellos. Ofrece un hueco y relaciones para la vida que no dan pie a que otros motivos y afectos dividan el corazón, y estos motivos que gobiernan la fe los da Dios, suficientes para crear las emociones y sostenerlas.

Los vv 24-26 exponen este asunto. Es un principio muy importante, ya que a menudo oímos mencionar a la Providencia como motivo para no caminar por fe. Nunca hubo providencia más destacable que la que condujo a Moisés hasta la corte faraónica, cumpliendo así su objetivo. No habría sido así si él no hubiese abandonado la posición a la que había sido llevado. Pero era la fe (los afectos divinos que Dios inspiró en su corazón) y no la Providencia, con su norma y razón, la que produjo el resultado para el cual lo habían preservado fines providenciales. Gracias a Dios, la Providencia gobierna las circunstancias; la fe, regula el corazón y la conducta.

Para la esfera de la fe, el premio que Dios promete es un objeto conocido. No está motivado por ella, sino por el que sostiene y alienta el corazón, aislándolo de las cosas del presente, de la influencia de lo que nos rodea —las cosas que nos atraen o tienden a intimidarnos—, animando el carácter del que anda por fe con la seguridad de un camino devoto que le guiará al fin al que aspira.

Un motivo ajeno a nuestro presente es el secreto de la estabilidad y de la verdadera grandeza. Podremos tener un objeto y obrar en relación con él, pero necesitamos un motivo divino que nos permita hacerlo de una manera santa. La fe también entiende la intervención de Dios sin verle, librando de todo temor del poder del hombre, el enemigo de su pueblo. Pero la idea de la intervención divina causa mayor dificultad de comprensión al corazón que el temor humano. Si su pueblo debe ser liberado, Dios ha de intervenir, en juicio, además. Pero ellos, así como sus enemigos, son pecadores, y la conciencia de pecado y del juicio que merecen no puede por menos que destruir la confianza en el Juez. ¿Se atreverán a verlo manifestarse con su juicio poderoso porque sea, de hecho, la condición para librar a su pueblo? ¿Es Dios *por nosotros* —pregunta el corazón— quien viene a juzgar? Él ha provisto el medio para garantizarnos la protección contra el juicio inminente, un medio despreciable e inútil en apariencia, pero que en realidad es el único que, al glorificar a Dios por causa del mal del que somos culpables, tiene poder para protegernos del ejecutor.

La fe aceptaba el testimonio divino confiando en la eficacia de la sangre rociada en la puerta, y podía, con toda seguridad, dejar que Dios ejecutara su juicio, puesto que al ver la sangre él pasaría de largo. Por la fe, Moisés celebró la pascua. Rociando la puerta con sangre admitían que eran tanto objetos del justo juicio de Dios como los egipcios. Dios les facilitó protección, pero porque eran culpables y lo merecían. Nadie puede permanecer de pie delante de él.

El poder divino se manifiesta con el juicio. La naturaleza, los enemigos del pueblo de Dios... todos piensan pasar en seco por este juicio, como si el poder redentor los protegiera de la justa venganza divina. Pero el juicio se los traga en el lugar exacto donde el pueblo es liberado. Donde hay juicio divino, se produce liberación. Los creyentes lo han experimentado con Cristo. La cruz es muerte y juicio, dos consecuencias terribles del pecado, la suerte del hombre pecador, que para los cristianos resulta ser la liberación que Dios les proporciona. Somos salvos por la muerte y el juicio, que (con Cristo) hemos cruzado para ponernos fuera de su alcance. Él murió y

resucitó, y la fe nos lleva, lejos de lo que nos provocaba la ruina, a un lugar donde son olvidados y nuestros enemigos no pueden darnos caza. Pasamos sin que nos toquen. La muerte y el juicio nos protegen del enemigo, son nuestra seguridad. Entramos en una esfera nueva, viviendo del resultado no solo de la muerte cristiana, sino de la resurrección.

Aquellos que por el mero poder natural piensan atravesar esta esfera —quienes hablan de la muerte y el juicio, y de Cristo, posicionándose para pasar sin poseer el poder redentor—, son consumidos.

Con relación a los judíos, este suceso tiene su antitipo terrenal; porque, de hecho, el día del juicio de Dios sobre la tierra significará la liberación de Israel, tras haber sido llevados al arrepentimiento.

Esta liberación en el Mar Rojo va más allá de la protección de la sangre en Egipto. Allí Dios acudía en la expresión de su santidad, ejecutando juicio sobre el mal, que era de lo que necesitaban protegerse. Y al ejecutar juicio, gracias a la sangre Dios se quedó al otro lado de la puerta y el pueblo fue puesto a salvo delante del Juez. Este juicio llevaba impreso el carácter del juicio eterno. Y Dios, el de carácter de juez.

Su paso por el Mar Rojo no determinó solamente la liberación del juicio que pendía sobre sus cabezas. Dios activó su amor y poder hacia el pueblo. La liberación fue real: salieron ilesos de la condición en que habían estado esclavizados y Su poder los libró de lo que hubiera podido significar su destrucción. Por tanto, en nuestro ejemplo real participamos de la muerte y resurrección de Cristo, de la redención que realizó²³ y que nos introduce en un estado totalmente nuevo y distinto al natural. Ya no estamos en la carne.

En principio, la liberación terrenal de la nación judía —del remanente— se efectuará del mismo modo. Basada en el poder del Cristo resucitado (en la propiciación producida por su muerte), su liberación será cumplida por Dios, quien intervendrá en nombre de los que se vuelvan a él por fe, al tiempo que sus adversarios, los mismos que tiene ahora su pueblo, serán destruidos por idéntico juicio, el cual salvaguardará a las personas a las que habrán oprimido.

No se iban las dificultades solo con realizar la redención y efectuar la liberación. Pero cuando el Dios libertador estaba con ellos, desaparecían. Lo que para el hombre no eran más que problemas, para él no significaban nada. La fe confía en Dios y proporciona medios que solo sirvan para expresarla. Los muros de Jericó caen al sonido de las trompetas hechas de cuernos de carnero que Israel toca después de haber rodeado siete días la ciudad.

Rahab, ante toda la fuerza hasta entonces inagotable de los enemigos de Dios y de su pueblo, se identifica con Israel antes de la victoria, porque sintió que Dios iba con ellos. Extranjera en cuanto a la carne, por fe escapó del juicio ejecutado sobre su propio pueblo.

A partir de aquí no se ofrecen más detalles. Aunque los individuos tuvieran aún que demostrar su fe, al establecerse Israel en la tierra prometida hubo menos oportunidades de elaborar los principios sobre los que se sustentaba. El Espíritu expone ejemplos con los que generalmente reaparecía la fe bajo rasgos diversos y una intensificada paciencia, que las almas se esforzaban por mostrar en medio de todo tipo de aflicciones. Su gloria estaba con Dios; el mundo no era digno de ellos, y sin embargo no habían recibido aún el cumplimiento de las promesas; tenían que aguardar este tiempo por fe, al igual que los hebreos a los que ahora se escribía esta epístola. Estos, sin embargo, tenían privilegios que de ninguna manera han poseído creyentes de otros tiempos. Ni los unos ni los otros habían sido llevados todavía a la perfección, es decir, a la gloria celestial a la que Dios nos ha llamado para tener parte con él. Abraham y otros esperaban esta gloria, pero nunca la poseyeron porque Dios no se la iba a dar antes que a nosotros. Nos ha llamado por distintas revelaciones que a ellos. Nos tenía reservado algo mejor para los días del Mesías rechazado. Las cosas celestiales se han convertido en las cosas del

²³ El cruce del Jordán representa la liberación alcanzada por el creyente y su inteligencia espiritual, que por la fe le permite entrar en los lugares celestiales, consciente de su muerte y resurrección con Cristo. El Mar Rojo es el poder de la redención que Él efectuó.

presente, finalmente reveladas y poseídas en espíritu por la unión de los santos con Cristo, y el acceso al santuario por Su sangre.

No tenemos que ver con una promesa y una visión distintas a un lugar al que se accedía desde fuera, y cuya entrada era infranqueable. Entramos a través de un velo rasgado y pasamos resueltamente a presencia de la divinidad una vez establecidas estas relaciones. Pertenece al cielo, nuestra ciudadanía está allí; es nuestro hogar. La gloria celestial es nuestra porción actual, pues Cristo fue nuestro precursor. Le tenemos en el cielo como hombre glorificado. Esto no lo poseía Abraham, pese a caminar con una mentalidad celestial y esperar una ciudad, sabiendo que nada más satisfaría los deseos que Dios despertaba en su corazón. Aun así, no podía relacionarse con el cielo de un Cristo glorificado. Hoy esta es nuestra porción; decimos que estamos unidos a él. La posición del cristiano es bastante diferente a la de Abraham. Dios nos tenía reservada una mejor.

El Espíritu no expone aquí el amplio espectro de esa «cosa mejor», porque la asamblea no es su tema. Expone solo el pensamiento básico para animar a los hebreos con el hecho de que los creyentes de la época tienen unos privilegios especiales que disfrutaban por fe, y que no eran siquiera de la fe de los creyentes de otros tiempos.

Seremos perfeccionados y glorificados en la resurrección, pero nos pertenece, como santos, una porción especial que no poseían los patriarcas. El hecho de que Cristo estuviera como hombre en el cielo tras efectuar la redención, y que el Espíritu Santo los unía a él, hacía fácilmente comprensible esta superioridad concedida a los cristianos. En consecuencia, hasta el más pequeño en el reino de los cielos era más grande que el mayor de cuantos hubieran existido antes.

Capítulo 12

La epístola aborda las exhortaciones prácticas que emanan de su doctrina sobre los peligros que acechaban a los cristianos hebreos. Una enseñanza apta para inspirarles valentía. Rodeados por una nube de testigos como los del capítulo 11, en el que todos declararon las ventajas de una vida de fe en las promesas todavía incumplidas, debían sentirse motivados a seguir sus pasos y a correr con paciencia la carrera, confiando en el Jesús que había completado²⁴ ese mismo recorrido sostenido nada menos que por el gozo que le esperaba tras la línea de meta. Entonces, tomó su asiento a la diestra divina.

El pasaje no presenta al Señor como el otorgador de la fe, sino como el corredor. Otros habían andado una parte del camino y superado las dificultades; en cambio, la obediencia y perseverancia del Señor se sometieron a todo tipo de pruebas, a las que la naturaleza humana es susceptible. Los hombres, el adversario y el desamparo de Dios jugaron a la contra. Sus discípulos huyeron cuando él se hallaba en peligro, y su amigo más íntimo le traicionó. Buscó a quien se compadeciera de él, pero no encontró a nadie. Los padres —de quienes habla el capítulo anterior— confiaron en Dios y fueron librados, y en cuanto a Jesús, él era un gusano y no humano. Tuvo la garganta seca por el llanto, pero su amor por nosotros y obediencia al Padre todo lo superaron. Se llevó la victoria por sumisión y accedió a tomar su lugar en una gloria exaltada a la medida de su gran humillación y obediencia, la única recompensa justa recibida por haber glorificado perfectamente a Dios donde había sido deshonrado por el pecado. El gozo y las recompensas que se nos dan nunca son razones suficientes para el camino de la fe; lo sabemos bien respecto a Cristo, y no es menos cierto en nuestra vida. Son un estímulo para los caminantes.

²⁴ No es que no lo sintieran así, pero si dejaban de concentrarse en la carrera de otro, se fijaban en sí mismos. Este es el secreto de la fe. La cita «por nada estéis afanosos» no habría sido necesaria si no se considerara importante para estimular su atención. Abraham no consideraba muerto el cuerpo.

Jesús, después de alcanzar la gloria que le era debida, se convierte en un ejemplo para nosotros en los sufrimientos que tuvo que pasar, así que no debemos perder valor ni cansarnos. Todavía no hemos dado, como él, nuestras vidas para glorificar a Dios y servirle. La manera en que el apóstol capta la atención de los cristianos para que no se enreden con los obstáculos, ya sea por razón del pecado o de los problemas, es extraordinaria; como si no tuvieran más que desecharlos como pesos inútiles. Y, de hecho, cuando miramos a Jesús nada resulta más fácil; cuando no lo hacemos, resulta del todo imposible.

Dos cosas hay que desechar: toda clase de peso, y el pecado que puede enredárenos en los pies (hablamos de quien corre la carrera). La carne, el corazón humano, se ocupan de los cuidados y reparan en los obstáculos: cuanto más pensamos en ellos, más pesados resultan. El corazón es engatusado por el objeto de sus deseos y no puede librarse de ellos, y cuando ama lo que se esfuerza por soltar, sin lograr alejarlo de la mente, se genera conflicto. Al mirar a Jesús, el hombre nuevo está vivo; hay otro objeto que nos libera y nos separa por medio de un afecto suscitado en una nueva naturaleza; en Jesús mismo, a quien miramos, existe un poder que nos hace libres.

Es arrojando absolutamente todo que las cosas pueden ser más llevaderas, saber cuáles llenan el corazón y cuáles le entretienen en su otro ámbito, donde interaccionan un nuevo objeto y nueva naturaleza. En este objeto se encuentra un poder firme que atrapa el corazón, cerrando el paso a otros que se mueven meramente adueñados por la vieja naturaleza. Lo que se siente como un peso se desecha con facilidad. Todo es juzgado por la relación que existe con el objeto que nos proponemos. Si voy en una carrera solo por el premio, prescindiré sin problema de la bolsa de dinero; es un peso. Debemos mirar a Jesús, en él podemos deshacernos de todos los obstáculos de forma fácil y expeditiva. No podemos reprimir el pecado utilizando la carne.

Pero hay otra clase de pruebas que vienen de afuera y no debemos desechar, sino soportar. Cristo, como vimos, pasó por ellas. Al contrario de él, no hemos resistido tanto como para derramar sangre, sino fracasado en serle fieles y obedecer. Dios opera en estas pruebas como padre y nos disciplina. Puede que vengan, como Job, del enemigo, pero la mano y la sabiduría divina están ahí, disciplinando a los que son amados. Por tanto, no debemos despreciar el castigo ni desanimarnos por que Dios nos discipline sin motivo o razón; es él quien lo hace, y, además, con amor.

Si perdemos nuestra vida por el testimonio del Señor y resistimos el pecado, finaliza este combate; no es ningún castigo, sino la gloria de poder sufrir con Cristo. La muerte, en este caso, es la negación del pecado. El que ha muerto está libre de él, y quien ha sufrido en la carne ha terminado con el pecado. Llegados a este punto, la carne —que tenemos derecho a reconocer muerta— aún no ha sido destruida, pero Dios sabe cómo sumar la expresión de fidelidad del nuevo hombre que sufre por el Señor a la disciplina con la que se la mortifica. La espina que Pablo tenía ejemplificaba ambas cosas. Le dolía en el ejercicio de su ministerio, dado que era algo que tendía a hacerlo despreciable cuando predicaba, y no le quedó otra que aguantar todo por el Señor, tenerla controlada.

Estamos sujetos a nuestros padres naturales, que nos disciplinan con la sabiduría que poseen; ¡cuánto más al Padre de los espíritus²⁵, que nos hace partícipes de su santidad! Veamos aquí la gracia a la que esto se refiere. Sabemos lo mucho de lo que tenían que protegerse los hebreos, dada su gran proclividad a fracasar en la carrera de la fe. Los medios para prevenirlo, sin duda, no era escatimando los avisos, sino conectando el alma con la gracia. Solo esto puede otorgar fortaleza y valor a través de la confianza en Dios.

No hemos venido al monte Sinaí, a la ley que formula requerimientos, sino a Sion, donde por gracia Dios ha manifestado su poder para restablecer a Israel en la persona del rey electo, cuando todo se hallaba perdido y era imposible sostener unas relaciones con Dios sobre la base en que se habían pactado los acuerdos de la responsabilidad del pueblo, máxime cuando el arca

²⁵ «Padre de los espíritus» es tan solo el equivalente contrario de «padres de nuestra carne».

estaba extraviada. Ya no había propiciatorio ni trono de la divinidad morando entre el pueblo. *Icabod* era todo lo que quedó escrito en Israel.

Al hablar de santidad, concluye el apóstol que Dios se muestra activo amándonos, también cuando sufrimos. No solo nos ha dado libre acceso a él por la sangre y presencia de Cristo en el cielo, sino que se ocupa en todo momento de los detalles de nuestra vida; su mano está en todas y cada una de nuestras circunstancias, y no deja de pensar en nosotros para comunicarnos su santidad. No para exigirnosla, sino para hacernos partícipes de la suya. ¡Qué inmensa la gracia instrumental! El medio para gozar de Dios de forma plena.

Él no espera que encontremos agradables estos ejercicios anímicos (no producirían su efecto si así fuera). Pero entonces genera frutos pacíficos de justicia cuando la voluntad es quebrada. El orgullo del hombre es abatido al verse obligado a contrariarla, y Dios ocupa un lugar más importante y valioso en su vida y pensamientos.

Acerca del principio de la gracia, se exhorta a los hebreos a alentarse en el camino de la fe y a apartar la mirada del pecado naciente, que se traduce en ceder ante los deseos de la carne o en renunciar a los privilegios cristianos por algo mundano. Tenían que caminar con tal denuedo que su evidente gozo y bendición (que forman siempre un testimonio distintivo triunfante sobre el adversario) hicieran sentir al débil que eran su porción garantizada, y así se administrarían la fuerza y curación en lugar del desánimo. El camino de la piedad se tornaría fácil en medio de las pruebas, un camino hollado para las almas débiles y cojas, que sentirían, más que fortaleza y comodidad, la importancia de este camino. La gracia, como dijimos, es el motivo para recorrer este sendero, pero aquí se presenta de forma que precisa ser considerada en detalle.

Los terrores de la majestad de Dios en el monte Sinaí mantenían a distancia a los hombres. Nadie podía acercarse. Hasta Moisés temió y tembló en presencia de Jehová. Allí no es llevado el cristiano, sino que como contraste a esas relaciones divinas se expone el estado milenarismo en todas y cada una de sus partes, de la forma esperada y considerada. Pertenece a todo eso, pero evidentemente estas cosas aún no están establecidas. Vamos a nombrarlas: Sion, la Jerusalén celestial, los ángeles, la asamblea, la congregación de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo, Dios como Juez de todos, los espíritus perfeccionados de los justos, Jesús como Mediador del nuevo pacto y, finalmente, la sangre rociada, que habla mejores cosas que la abelina.

De Sion hemos hablado como principio, de la intervención de la gracia soberana en la figura del rey, después de la ruina y en medio del desastre de Israel, que es restablecido según los consejos de gloria en sus relaciones con Dios. Es el remanente divino en la tierra, la sede del poder real del Mesías. Pero, como sabemos, los límites de su tierra están lejos de ser los de la herencia del Señor. La Sion terrenal es el reposo de Jehová, no la ciudad del Dios vivificador. La Jerusalén celestial sí lo es, la capital del cielo, y por así decir, de su reino, la ciudad que tiene fundamentos.

Con la mención de la Sion terrenal, el autor, como cabe esperar, cambia su tono por el de la Jerusalén celestial, y eso le transporta hasta el cielo, donde ve al pueblo de Dios entre una multitud de ángeles y la gran asamblea universal²⁶ del mundo invisible. Sin embargo, hay un objeto peculiar en esta escena maravillosa en que fija la atención: la asamblea de los primogénitos, cuyos nombres se inscriben allí. No nacieron en el cielo, no son autóctonos como los ángeles, a los que guardó de caer Dios. Son los objetos de sus consejos. No únicamente llegan al cielo, sino que además son sus herederos gloriosos y los primogénitos registrados en este lugar. La asamblea, llamada en Cristo, se compone de los objetos de la gracia que pertenecen al cielo. No constituyen el objeto de promesas que, al no recibir cumplidas en la tierra, dejan de disfrutar arriba, ni mantienen la expectativa de ningún otro país o ciudadanía que la celestial; aquí carecían de uno. Las promesas no son para ellos, el cielo sí. Sus nombres están escritos en el lugar más elevado de los tratos de gobierno divinos, de la promesa y de la ley terrenal, lugar

²⁶ El término traducido aquí como «asamblea» era el utilizado para referirse a los estados que formaban la liga griega; «primogénito», el que se aplica a la asamblea o conjunto de ciudadanos de cualquier país.

que difunde la imagen de la gloria de Dios. Pero habiendo alcanzado el punto más álgido y excelso de la gracia, a él se le ve como Juez de todos que mira desde lo alto para juzgar lo que hay debajo. Esto presenta a otra clase distinta de los benditos habitantes de la gloria celestial, aquellos que el Juez poseía justo antes de que se revelara la asamblea celestial: los espíritus de los justos llegados a la perfección. Habían terminado su carrera, habían ganado el conflicto, esperaban solo recibir la gloria. Habían estado involucrados con los asuntos de Dios en la tierra, pero, fieles antes de llegar el momento de obtener la bendición, tenían ya su descanso y porción en el cielo.

El propósito de Dios era bendecir la tierra. No podía hacerlo fiándose de la responsabilidad humana: su pueblo era como la hierba. Por consiguiente, iba a establecer un nuevo pacto con Israel, un pacto de perdón, según el cual escribiría la ley en sus corazones. El Mediador de este pacto ya había aparecido y había hecho todo lo necesario para fundarlo. Los santos que figuran entre los hebreos fueron hacia el mediador de este pacto: la bendición se preparó para la tierra y quedó afirmada en ella.

Finalmente, la sangre de Cristo había sido vertida, como la de Abel por mano de Caín, pero en lugar de clamar la venganza que lo convirtió en un fugitivo y vagabundo —tipo impresionante del judío culpable de la muerte de Cristo—, la gracia es la que habla, y la sangre clama, para que obtengan el perdón y la paz los que la derramaron.

Aunque se habla de las diferentes partes de la bendición milenaria, con sus fundamentos, todo es ofrecido en función del estado presente y antes de la llegada de este tiempo de bendición. Formamos parte de él en cuanto a nuestras relaciones, pero aquí se mencionan los espíritus de los hombres justos del Antiguo Testamento, al igual que el Mediador del pacto. El pacto no estaba establecido. La sangre clama, pero la respuesta en la forma de bendiciones terrenales no ha llegado aún. Esto es fácil de entender. Va en sintonía con el estado actual de las cosas, incluso arroja considerable luz sobre la posición de los cristianos hebreos y la doctrina de la epístola. Lo importante para ellos era que no debían apartarse de Aquel que estaba hablando; la relación la tenían con él. Los hemos visto relacionados con todo lo que antes fue, con el testimonio del Señor sobre la tierra, pero, de hecho, en aquel momento sostenían sus relaciones con él, que les hablaba desde el cielo. Su voz sacudía la tierra, pero ahora, impartiendo la autoridad celestial de la gracia, anunciaba la disolución de todo lo que pudiera apoyar a la carne o dar esperanzas a la criatura.

Todo lo proclive a la destrucción tenía que desaparecer. ¡Qué consecuencias más fatales tendría apartarse del que hablaba que de los mandamientos del Sinaí! La destrucción de todas las cosas (como en el pasaje análogo de 2Pedro) trasciende evidentemente al judaísmo, aunque con una aplicación concreta. El judaísmo constituía el sistema y el marco de relaciones de Dios con los hombres, establecidos sobre un principio de responsabilidad. Todo eso correspondía a la primera creación, pero sus fuentes estaban envenenadas; el cielo, la sede del poder enemigo, se pervirtió y corrompió, y el corazón del hombre se envaneció y cambió con su rebeldía. Dios destruirá todas estas cosas para cambiarlas. El resultado será una nueva creación en la que morará la justicia.

Mientras, se estaban formando los primeros frutos de esta nueva creación. En el cristianismo, Dios creaba la parte celestial del reino incommovible; el judaísmo, centro del sistema terrenal y de la responsabilidad humana, estaba desapareciendo. El apóstol, por tanto, anuncia la destrucción de todo, diciendo que lo que existe actualmente como creación será revocado. En cuanto a este hecho, dice que «recibimos un reino que no puede ser movido», y nos llama a servir a Dios con verdadera piedad, porque él es un fuego consumidor; no, como dice la gente, servirle sin Cristo, sino servir a nuestro Dios, a toda la divinidad. He aquí su carácter de majestad santa y justo juicio del mal.

Capítulo 13

En este capítulo hay más de una verdad importante que destacar. Las exhortaciones son tan simples como enjundiosas, y necesitan poca explicación. Se desenvuelven en toda la epístola en lo relacionado con el camino del creyente, no con el resultado de su unión con Cristo en los lugares celestiales. El amor fraternal, la hospitalidad, la preocupación por los que están en cadenas, el esfuerzo por conservar el vínculo matrimonial y la pureza personal, la evitación de la codicia... tales son los temas de la exhortación, importantes todos y vinculados al camino de gracia de un cristiano, aunque no estén sacados de las fuentes y principios más elevadamente celestiales de la vida, como en Efesios y Colosenses. Tampoco las exhortaciones son, pese a su clara analogía, como las de esa última epístola, ya que Romanos trata, por lo general, de la vida cristiana presentando la resurrección de Cristo, sin hacer referencia a su ascensión.

Las exhortaciones que vienen a continuación están relacionadas con las circunstancias personales de los hebreos, con el próximo desmantelamiento del judaísmo, del que tenían que separarse de forma definitiva.

Al exhortarlos a recordar a quienes han guiado al rebaño, el apóstol habla de los que ya se han ido, de modo diferente a los que todavía viven. El tema de su fe bien podría alentar a otros a seguir sus pasos, a imitar los fieles principios que los condujeron a producir un resultado tan noble.

Además, Cristo nunca cambia; él era el mismo ayer, hoy y por los siglos. Mejor les iría si conservaran la simplicidad y la integridad de la fe. Nada constituye una prueba más clara de que el corazón no posee realmente lo que puede ofrecerle descanso en Cristo —dado que ignora aún que no le comprende— que la inquieta búsqueda de alguna novedad, las «doctrinas diversas y extrañas». Poder crecer en el conocimiento cristiano forma parte de nuestra vida, y esto es un privilegio. La búsqueda de lo novedoso demuestra que no estamos satisfechos con Jesús. Pero el que no lo está no le conoce o, al menos, le ha olvidado. Es imposible disfrutar de él y no sentir que lo es todo, que nos satisface, y que dada su propia naturaleza todo lo demás queda excluido.

Ahora bien, en relación con el judaísmo, que de una forma natural despertaba en los hebreos sus deseos de querer satisfacer la carne, el apóstol va más lejos. Ya no eran judíos en posesión de la verdadera adoración a Dios, una adoración privilegiada en la que otros no tenían derecho a participar. El altar divino pertenecía a los cristianos, que sí tenían derecho a él. Una adoración terrenal que no facilitara atravesar el velo y presentarse delante de Dios en el santuario, no podía subsistir como culto que se granjeaba la gloria mundana acomodándose a sus elementos. Había que escoger, o bien el cielo, o bien la cruz y la vergüenza. El gran sacrificio por el pecado se ha ofrecido; su eficacia nos lleva al santuario, al cielo mismo donde se ha depositado la sangre, y por otro lado nos saca del campamento —fuera de un pueblo religioso relacionado con el mundo de aquí— para identificarnos con el desprecio y el rechazo. He aquí la porción cristiana. En el cielo él es aceptado, ha entrado con su propia sangre, mientras que de la tierra había sido arrojado y vituperado. Se trata de una religión mundana que crea un sistema para que el mundo camine y adapte su elemento religioso al hombre que niega el cristianismo.

Aquí no tenemos una ciudad estable, buscamos la que tiene que llegar. Por Cristo ofrecemos sacrificios de alabanza y acción de gracias. Al compartir también nuestros bienes con los demás, obrando el bien en todos los sentidos, presentamos sacrificios en los que Dios se complace (v 16).

Luego exhorta a obedecer a los que, siendo responsables delante de Dios, velan por las almas y se presentan ante los santos para orientarlos. Una prueba de este humilde espíritu de gracia que solo busca agradar al Señor.

El sentido de esta responsabilidad hace que Pablo pida a los santos que oren por él, pero les confiesa que tenía, desde luego, buena conciencia. Servimos a Dios y actuamos por medio de él cuando no se ve obligado a actuar en nosotros, y el Espíritu obra por mediación nuestra al no haberle dado motivos que tenga que atender. Cuando esto sucede, no podemos pedir, como obreros, las oraciones de los santos. Mientras el Espíritu esté ejercitando la conciencia, no

podemos llamarnos obreros de Dios. Pero si la conciencia es buena, entonces podemos pedir sin reservas las rogativas de los santos. El apóstol se las pedía con mucha más razón, porque así esperaba poder ir a verlos pronto.

Finalmente, invoca la bendición sobre ellos, dándole a Dios el título que con tanta frecuencia le atribuye: «el Dios de paz». Con el corazón estimulado por el cariño a los hebreos, emplea argumentos que evitaban que su amor se enfriara, y en medio de la inestabilidad moral que debilitaba su camino, y de las pruebas que socavaban lo que él consideraba estable y santo, este título asume unos tintes particularmente hermosos.

El Espíritu los establece en la presencia de un Cristo resucitado, de un Dios que había fundado y asegurado la paz por medio de la muerte de Cristo, y ofrecido la prueba con su resurrección. Él le había traído de vuelta de entre los muertos, por el poder de la sangre del pacto eterno. Con esta sangre, las personas creyentes podían abrigar la esperanza de que nada podría tambalearse. Porque no eran, como en el Sinaí, promesas fundadas en la condición de la obediencia del pueblo, sino en el rescate que se había pagado y en la expiación de su desobediencia. La bendición era, por tanto, inmutable, y el pacto —como la herencia y la redención—, eterno. El autor pide para que el Dios que lo ha llevado a cabo opere en ellos para otorgarles plenas facultades y poder para cumplir Su voluntad, obrando en ellos lo que era agradable a Sus ojos.

Recalca también la necesidad de prestar atención a las exhortaciones con las pocas palabras que les había escrito.

El autor desea hacerles saber que Timoteo había sido puesto en libertad; él mismo estaba a punto de ser liberado; se hallaba en Italia, circunstancia que tiende a confirmar la idea de que fue Pablo quien escribe esta carta (un tema interesante, si bien no afecta de manera alguna a su autoridad).

Es el Espíritu de Dios, que en todas partes otorga su autoridad a la Palabra.